

LACTANCIO

INSTITUCIONES  
DIVINAS

## LIBRO V

### SOBRE EL BIEN

*Justificación  
del estilo  
y de la unión  
entre elocuencia  
y religión*

No dudo de que si alguno de esos ne- 1  
cios supersticiosos se acerca a esta obra  
mía, en la que se afirma la existencia de  
un solo creador de las cosas y de un solo  
rector de este inmenso mundo, la mal-  
decirá incluso, puesto que están nerviosos a causa de su  
enorme superstición; pero una vez que haya leído el co-  
mienzo de la misma, quizás se aflija, desprecie y maldiga  
a sí mismo; y si lee o escucha con paciencia, comprenderá  
que está contaminado y afectado por imperdonable crimen.  
A ese posible lector, sin embargo, yo le pido, si es que 2  
puede ser, en aras de su calidad de hombre, que no conde-  
ne hasta que no lo conozca todo. Y es que, si se da a  
los sacrílegos, traidores y envenenadores la posibilidad de  
defenderse y no se puede condenar de antemano a nadie  
sin conocer la causa, no debe parecer a nadie que no tengo  
razón al pedir que, si alguien se acerca a esta obra mía,  
la lea totalmente, si es que la lee; y que, si la escucha,  
pronuncie su sentencia sólo al final. Pero yo conozco la 3  
tozudez de los hombres y nunca conseguiré eso. Tienen,  
en efecto, miedo de que, vencidos por nosotros, se vean  
obligados a ceder en algún momento ante la presión de la

4 verdad. Hacen ruido, pues, y se ponen de espaldas, para no oír, y cierran sus ojos para no ver la luz que les ofrecemos: con ello están sin duda dando pruebas de la desconfianza que tienen en su propia causa ya perdida, ya que no se atreven ni a conocer nuestras razones, ni a enfrentarse a nosotros, porque saben que serán fácilmente superados.

5 Y por ello, dejando a un lado la discusión, «prescinden de las razones y recurren a la fuerza», como dice Ennio <sup>1</sup>. Y, dado que su afán es condenar como culpables a los que saben que son inocentes, no quieren tener constancia de esa inocencia: como si fuera mayor injusticia condenar a los que se ha probado que son inocentes que a aquellos

6 cuya inocencia no se quiere escuchar. Pero, tal como he dicho, tienen miedo de que, si los escuchan, no puedan condenarlos, y por ello atormentan, matan y exterminan a los adoradores del Dios sumo, es decir, a los hombres

7 justos. Y esos mismos que odian con tanta fuerza no pueden dar las razones de su odio: como ellos están en el error, odian a los que siguen el camino verdadero y, en lugar de corregirse, como podían hacerlo, acumulan crueles acciones sobre sus errores, se manchan con la sangre de inocentes y atormentan a las almas entregadas a Dios, tras haber destrozado los cuerpos.

8 Con ellos pretendo discutir y disputar ahora <sup>2</sup> y llevarlos desde sus necias convicciones hacia la verdad, a pesar de que beben con más facilidad la sangre que las palabras

9 de los justos. ¿Qué hacer, pues? ¿Estoy perdiendo el tiempo? De ninguna forma. Y es que, si bien no podemos librar a éstos de la muerte, hacia la cual se lanzan obstinadamente, si no podemos sacarlos de su desviado camino

y llevarlos a la vida y a la luz, puesto que reniegan de su propia salvación, sí daremos, sin embargo, fuerza a aquellos de los nuestros cuya convicción no es estable ni está fundada ni basada en sólidas raíces. Y es que son muchos los que se tambalean, sobre todo aquellos que son un poco cultos. Efectivamente, los filósofos, oradores y poetas son <sup>10</sup> perniciosos, precisamente porque pueden fácilmente enredar a las mentes incautas con la suavidad de su palabra y de los poemas compuestos con dulce ritmo.

Por este motivo, yo he querido unir la sabiduría y la <sup>11</sup> religión: por un lado, para que la vana religión no pueda ser un obstáculo para los estudiosos; por otro, para que los conocimientos de las letras no sólo no sean nocivos para la religión y el bien, sino, todo lo contrario, para que sean útiles, con tal de que el que los tenga esté instruido en las virtudes y sea conocedor de la verdad. En todo <sup>12</sup> caso, si a otros no les sirve, a mí ciertamente sí: la conciencia se deleitará y la mente gozará por moverse en la luz de la verdad, ya que así se empapa el alma de alimento con una especie de increíble alegría.

Pero no hay que desesperar: quizás «no estemos can- <sup>13</sup> tando para sordos» <sup>3</sup>. La situación, en efecto, no está en tan mal estado que falten mentes sanas a las que guste la verdad y que, una vez que se les muestre el camino de la rectitud, lo vean y sigan, con tal de que el vaso de la <sup>14</sup> sabiduría vaya endulzado con miel celestial, para que los ignorantes puedan beber sin disgusto los amargos remedios, ya que el dulzor primero hace atractiva amargura del sabor áspero ocultándolo bajo la apariencia de dulzura. Y es que ésta es fundamentalmente la causa de que carez- <sup>15</sup> can de fiabilidad las Sagradas Escrituras entre los sabios,

cultos y principales de este mundo: que los profetas, como quiera que hablaban al pueblo, lo hicieron con un lenguaje  
16 común y sencillo; como consecuencia, son despreciados por aquellos que no quieren oír ni leer sino cosas lindas y elocuentes, y cuyas mentes no pueden aceptar nada que no agrade a sus oídos con dulces sonidos; lo que les parece  
17 sórdido, lo consideran vano, absurdo y vulgar. Hasta ese punto consideran que no hay nada verdadero, salvo lo que les es suave al oído; ninguno estima las cosas por la verdad  
18 en ellas encerrada, sino por su fama. Así pues, no sólo no creen en las cosas divinas porque carecen de una forma bonita, sino que tampoco creen a los que las interpretan, ya que o bien son totalmente ignorantes o bien poco  
19 cultos. Y es que sucede muy pocas veces que los intérpretes de las Escrituras sean excesivamente elocuentes; y es muy clara la razón de ello: la elocuencia sirve a este mundo; procura campar entre el vulgo y agradar incluso en las cosas malas, ya que muchas veces intenta saltar por encima de la verdad, con tal de mostrar su fuerza; busca riquezas, desea honores, anhela en fin el mayor escalón de la gloria.  
20 Como consecuencia, desprecia las Sagradas Escrituras por humildes, huye de lo antiguo por ser contrario a ella, ya que intenta agradar al oído del vulgo y desea que escuchen muchos y con frecuencia.

21 De aquí se sigue que la sabiduría y la verdad estén necesitadas de una forma idónea. Y si casualmente se dedicaron a ellas algunas personas cultas, éstas no se bastaron para defenderlas. Entre las que yo conozco, se encuentra  
22 Minucio Félix, abogado no desdeñable entre los de su ciudad; su libro, que lleva por título *Octavio*, apunta lo buen defensor de la verdad que hubiera podido ser si se hubiese  
23 entregado totalmente a esta misión. También Septimio Tertuliano fue persona ducha en todo tipo de letras, pero

en la elocuencia fue poco ágil, menos elegante y muy oscuro; como consecuencia, ni siquiera él consiguió celebridad. Así pues, el único importante y famoso fue Cipriano, ya  
24 que había conseguido gran fama en su profesión del arte oratoria y escribió aún muchas cosas admirables en este género suyo; era, en efecto, de talento ágil, abundante y  
25 suave y —lo que es la mayor virtud de la palabra— claro, de forma que no se puede distinguir fácilmente si era más elegante al hablar, o más acertado al explicar, o más persuasivo al convencer; éste, sin embargo, prescindiendo de  
26 sus palabras, no puede agradar a los que desconocen el misterio, ya que lo que escribió es de contenido místico con la única finalidad de que fuera leído sólo por los fieles; finalmente, suele ser objeto de burla por parte de los sabios de este mundo que casualmente conocieron sus escritos: yo oí a una persona, ciertamente elocuente, que  
27 le llamaba, cambiando una letra, Copriano<sup>4</sup>, como si hubiese dedicado su talento, elegante y apropiado para cosas mejores, a componer fábulas de viejas. Y si le ocurrió esto  
28 a Cipriano, cuya elocuencia era digna, ¿qué pensamos que les ocurrirá a aquellos cuyo lenguaje era seco y desagradable? Éstos no pudieron tener ni fuerza persuasiva, ni sutileza de argumentación, ni en absoluto ninguna agudeza para refutar.

Así pues, puesto que faltaron entre nosotros  
2 otros doctores idóneos y cultos que refutaran con vehemencia y agudeza los errores de la gente y que defendieran elegante y abundantemente toda la causa de la verdad, esta escasez provocó en algunos la osadía de escribir en contra de la verdad que desco-

*Primeros autores  
de obras contra  
los cristianos*

2 nocían. Paso por alto a aquellos que la denigraron en vano en los primeros tiempos <sup>5</sup>.

Mientras yo enseñaba la elocuencia, tras haber sido llamado a Bitinia <sup>6</sup>, al ocurrir en aquel tiempo la destrucción del templo de Dios <sup>7</sup>, hubo allí dos que atacaron a la verdad, que estaba por los suelos y postrada, no sé si por soberbia o por aprovechar la ocasión.

3 Uno de ellos <sup>8</sup> se reconocía a sí mismo como prócer de la filosofía, pero era en realidad tan dado a los vicios que ese maestro de la continencia ardía no menos en avaricia que en placeres; era tan suntuoso en la comida que ese defensor de la virtud y ensalzador de la moderación y pobreza en la escuela, comía en su casa mejor que en   
4 palacio. Sin embargo, ocultaba sus vicios con los cabellos, con la túnica y con lo que es el colmo de las tapaderas, las riquezas, para aumentar las cuales se granjeaba con admirable habilidad la amistad de los jueces y los comprometía con él sirviéndose de nombre falso: de esta forma, no sólo vendía sus sentencias, sino que incluso a aquellos a los que expulsaba de sus casas y campos les impedía,   
5 con este poder, reclamar sus territorios. Pues bien, éste,

que destruía sus razonamientos con su forma de vida o que acusaba a su forma de vida con sus razonamientos, éste, que era duro censor y acérrimo acusador de sí mismo, en esa misma época en que el pueblo de Dios era malvadamente perseguido, vomitó tres veces contra la religión y el nombre cristianos, diciendo que «la obligación del filósofo es, por encima de todo, ir contra los errores de los hombres y hacer volver a éstos al camino verdadero, es decir, al culto de los dioses, por cuya providencia y majestad está regido el mundo; y no permitir que los hombres ignorantes sean enredados por los engaños de unos pocos para que su simpleza no sea presa y pasto de hombres astutos; que, por ello, él había asumido esta carga digna de   
6 un filósofo: la de ofrecer la luz de la sabiduría a los que no ven, no sólo para que recobren la salud tras aceptar el culto de los dioses, sino también para que, abandonada su pertinaz obstinación, eviten los tormentos corporales y no quieran soportar en vano las crueles laceraciones de sus miembros». Y para que quedara claro por qué había com-   
7 puesto esta obra, se deshizo en alabanzas de los príncipes, «cuya piedad y providencia», como él mismo decía, «se habían distinguido en otras muchas cosas, pero sobre todo en la defensa de las religiones de los dioses: y es que por fin había habido preocupación por las cosas humanas, para que, rechazada la impía y vana superstición, todos los hombres pudieran dedicarse a los ritos legítimos y pudieran experimentar la buena disposición de los dioses para con ellos» <sup>9</sup>. Pero cuando quiso debilitar las razones de la reli-   
8 gión contra la cual hablaba, se mostró inepto, vano y ridículo, ya que ese sesudo defensor de la utilidad ajena no

sabía no sólo qué argumentos oponer, sino ni siquiera qué  
9 decir. Efectivamente, en las ocasiones en que asistió a sus  
argumentaciones alguno de los nuestros, éste, si bien asentía  
en aras de la oportunidad, se reía sin embargo para  
sus adentros, ya que estaba viendo a un hombre que anunciaba  
que iba a iluminar a otros cuando él mismo estaba  
ciego; a un hombre que anunciaba que iba a sacar a otros  
del error, cuando él no sabía dónde ponía los pies; que  
iba a instruir a otros en la verdad, cuando él ni siquiera  
había visto en ningún momento ni una sola chispa de la  
misma, ya que él, que profesaba la sabiduría, se estaba  
10 esforzando por aplastarla. De todas formas, todos le echaban  
en cara esto: el hecho de que emprendiera esta obra  
precisamente en el momento en que enloquecía la odiosa  
11 crueldad de la persecución. ¡Oh filósofo adulador y esclavo  
del tiempo! De todas formas, a cambio de su vanidad,  
cayó en el mayor de los desprecios, ya que no consiguió  
la gracia que esperaba, y, por otro lado, la gloria que consiguió  
se convirtió en culpa y acusación.

12 El otro <sup>10</sup>, que era entonces juez y fue el principal protagonista  
de la persecución, escribió con más mordacidad sobre el mismo  
tema: y no contento con sus criminales acciones, persiguió también  
con escritos a aquellos a los  
13 que había atormentado. Compuso en efecto dos libelos, no contra  
los cristianos, para no dar la impresión de que los perseguía como  
enemigos, sino para los cristianos <sup>11</sup>, para que se pensara que se  
preocupaba humana y benévolamente de ellos; con estos libelos  
intentó acusar de falsas

a las Sagradas Escrituras, basándose en que estaban totalmente  
llenas de contradicciones. Efectivamente, expuso al- 14  
gunos capítulos que eran aparentemente contradictorios, enumerando  
tantos detalles, que da la impresión de que había sido en otro  
tiempo maestro de la Biblia. Si realmente 15  
lo fue, ¿qué Demóstenes podrá defenderle de la acusación de  
impiedad, si se había convertido en traidor de la religión a la  
cual había pertenecido, de la fe cuyo nombre había asumido,  
y del misterio que había aceptado? Pero 16  
si lo que sucedió fue que las Sagradas Escrituras llegaron  
casualmente a sus manos, ¿qué temeridad es esa de atreverse  
a rechazar aquello que nadie le había explicado? De todas  
formas, supongamos o bien que no aprendió nada, o bien que no  
entendió nada; cualquiera de ambas cosas nos vale, porque tan  
lejos están las Sagradas Escrituras de contradicción cuanto él  
lo está de la fe y de la verdad. A pesar de todo, atacó  
principalmente «a Pablo y Pedro 17 y a los demás discípulos  
como sembradores de mentiras», diciendo, sin embargo, de ellos  
mismos, «que fueron ignorantes e incultos, ya que algunos de  
ellos se ganaban la vida pescando»: como si le sentara mal que  
aquella religión no hubiese sido inventada por un Aristófanes  
o un Aristarco <sup>12</sup>.

*Refutación de los argumentos de Hierocles*

Carecieron, pues, los cristianos de vo- 3  
luntad y arte para fingir, ya que eran incultos; ¿qué inculto podía  
inventarse ideas aptas relacionadas entre sí y coherentes, cuando  
los más sabios filósofos, como Platón, Aristóteles, Epicuro y Zenón,  
enseñaron cosas chocantes y contradictorias entre sí? Y es que ésta  
es la característica natural de los mentirosos: el no

2 poder ser coherentes. La tradición, sin embargo, de los  
cristianos, puesto que es verdadera, cuadra en todas las  
partes, es absolutamente coherente consigo misma y con-  
vence precisamente porque se apoya en razonamientos in-  
mutables. No se inventaron, pues, esta religión para su pro-  
pio lucro y comodidad, ya que con su enseñanza y práctica  
siguieron una vida que carece de placeres y que desprecia  
todo lo que es tenido por bueno; y también porque no  
sólo soportaron la muerte por la fe, sino que incluso sa-  
bían que iban a morir y predijeron que, posteriormente,  
iban a soportar nefandas crueldades todos aquellos que si-  
guieran su doctrina.

4 El mismo Hierocles afirmó que «el propio Cristo, hui-  
do de entre los judíos, reunió un grupo de novecientos hom-  
bres y se dedicó a hacer rapiñas». ¿Quién se atreverá a  
oponerse a tan gran autoridad? Creámosle plenamente, por-  
que quizás algún Apolo le anunció esto en sueño. Es ver-  
dad que durante todos los tiempos han sido ejecutados mu-  
chos ladrones y que tú mismo has condenado a muchos;  
pero ¿cuál de ellos, tras ser crucificado, ha sido llamado,  
6 no diré que Dios, sino simplemente hombre? Pero tú qui-  
zás creíste eso porque vosotros mismos adoráis como dios  
al homicida Marte, cosa que no hubieseis hecho si los areo-  
pagitas le hubiesen suspendido en la cruz<sup>13</sup>.

7 El mismo Hierocles, en su intento de desprestigiar los  
milagrosos hechos de Cristo, sin atreverse sin embargo a  
negarlos, pretendió demostrar que «Apolonio había hecho  
cosas parecidas o mayores»<sup>14</sup>. Es extraño que se haya ol-

vidado de Apuleyo, del que se suelen recordar muchos y  
maravillosos hechos. Pues bien, ¿por qué, oh cabeza loca, 8  
nadie adora a Apolonio como dios? A menos que lo adore  
tú solo, que eres digno de ese dios, en compañía del cual  
te castigará para siempre el verdadero Dios. Si Cristo es 9  
un mago porque hizo milagros, Apolonio, que, como tú  
dices, «se convirtió de repente en invisible ante el tribunal,  
cuando Domiciano quiso castigarle», es mucho más hábil  
que aquel que fue prendido y crucificado. Aunque quizás 10  
pretendió resaltar la insolencia de Cristo llamando la aten-  
ción sobre el hecho de que se proclamó a sí mismo Dios;  
así da la impresión de ser mucho más modesto aquel que,  
a pesar de haber hecho cosas mayores, según él piensa,  
no se atribuyó a sí mismo la naturaleza divina. Paso ahora 11  
por alto la comparación entre las obras de Cristo y las  
de Apolonio, ya que en el libro segundo y en el anterior  
a éste<sup>15</sup> ya hablé del fraude y falacia del arte de la magia.  
Y lo que afirmo es que no hay ningún hombre que no 12  
desee sobre todo tener tras la muerte aquello que desean  
incluso los más grandes reyes. ¿Por qué, en efecto, los hom- 13  
bres se construyen sepulcros, estatuas e imágenes? ¿Por  
qué pretenden conseguir la estima pública con algunas ac-  
ciones famosas o afrontando incluso la muerte por sus con-  
ciudadanos? ¿Por qué tú mismo has querido erigir este abo-  
minable monumento de tu ingenio, construido sobre la es-  
tolidez, como si lo estuviera sobre el fango, sino porque  
esperas que el recuerdo de tu nombre te dé la inmortalidad?  
Es de necios, pues, pensar que Apolonio no quiso aquello 14  
que sin duda hubiese deseado si hubiese podido, ya que  
no hay nadie que rechace la inmortalidad, máxime cuando  
él, según dices tú, «fue adorado por algunos como dios

tras su muerte, y su estatua, erigida por los efesios bajo la advocación de 'Hércules alejador de males', recibe todavía hoy culto». No pudo, pues, ser considerado como dios tras su muerte, porque era evidente que era hombre y mago, y pretendió ser dios tomando el nombre de otro, porque ni podía ni se atrevía a serlo con el suyo. Nuestro Cristo, sin embargo, pudo ser considerado como Dios porque no era mago, y de hecho lo fue porque realmente lo era.

16 «Yo no digo esto», dice, «para que parezca que Apolonio no fue considerado como dios porque no quiso, sino para que quede claro que nosotros, que no atribuimos inmediatamente la categoría de divinidad a los hechos milagrosos, somos más sabios que vosotros, que le considerasteis dios por insignificantes portentos». No es extraño que tú, que estás muy lejos de la sabiduría divina, no entiendas nada de lo que leíste, cuando los judíos, los cuales leyeron a los profetas desde el principio y a los cuales había sido confiado el misterio de Dios, no se daban cuenta de lo que leían. Sábetelo, pues, si es que tienes algo de cordura, que nosotros no le consideramos Dios porque hiciera milagros, sino porque en él se cumplieron todas las cosas que habían sido anunciadas por los profetas. Que hizo milagros: nosotros mismos le hubiésemos considerado mago, como vosotros le consideraréis ahora y como le consideraron entonces los judíos, si los profetas no hubiesen anunciado, como consecuencia de una sola inspiración, que iba a hacer esos mismos milagros <sup>16</sup>. Así pues, nosotros le consideramos Dios no tanto por sus hechos y obras milagrosas como por aquella su propia cruz que vosotros laméis como

perros, ya que también ella fue igualmente profetizada. Consiguientemente, la credibilidad de su carácter divino la consigue no por lo que él dice —¿a quién que diga cosas sobre sí mismo puede, en efecto, creerse?—, sino por lo que dicen los profetas, que profetizaron mucho antes todo lo que hizo y sufrió; esto no pudo ni puede sucederle nunca a Apolonio, a Apuleyo, ni a cualquiera de los magos.

Pues bien, Hierocles, tras haber divulgado todas estas delirantes ideas, producto de su ignorancia, y tras haber intentado aniquilar totalmente la verdad, tuvo la osadía de titular a sus nefastos y ateos libros como *Los amigos de la verdad*. ¡Oh corazón ciego! ¡Oh mente más ciega que, como suele decirse, las tinieblas cimerias! <sup>17</sup>. Quizás fue éste discípulo de Anaxágoras, para el cual las nieves eran negras <sup>18</sup>; la misma ceguera es dar a la verdad el nombre de falsedad que dar a la mentira el de la verdad. Y es que este hombre artero pretendió ocultar un lobo bajo piel de oveja para poder enredar al lector con un título engañoso. Concedámoste, sin embargo, que hicieras esto sin darte cuenta y no por malicia; en definitiva, ¿qué verdad nos enseñaste sino que tú, tras defender a los dioses, al final los traicionaste? Efectivamente, en tu búsqueda de alabanzas para el Dios sumo, al que reconoces como rey, como el más grande, como autor de las cosas, como fuente de los bienes, como padre de todos y como autor y alimentador de los seres vivos, has quitado a tu Júpiter el trono y le has reducido, tras expulsarle del sumo poder,

26 a sirviente. Tu conclusión, pues, pone en evidencia tu estolidez, tu vanidad y tu error. Afirmas, en efecto, que los dioses existen y, sin embargo, los sometes y pones bajo el Dios cuya religión intentas destruir.

4 Dado que estos que acabo de citar divulgaron sus sacrílegas obras en mi presencia y para dolor mío, yo, pinchado por la altanera impiedad de ellos, por la conciencia de la propia verdad y, según creo, por Dios, emprendí la tarea de refutar con

*Método  
apologético  
utilizado*

todas las fuerzas de mi talento a los acusadores del bien, y no para escribir contra éstos, que hubieran podido ser triturados con pocas palabras, sino para aniquilar de una sola vez y con un solo golpe a todos los que por todas partes hacen o hicieron lo mismo. No dudo, en efecto, de que otros muchos y en muchos lugares han dejado recuerdo de su maldad no sólo en lengua griega, sino también en latín. Y, como no podía responder a cada uno en particular, pensé que esta causa debía llevarla de la siguiente forma: refutar a los enemigos antiguos con todos sus escritos y quitar a los enemigos futuros toda posibilidad de escribir o de responder. Que presten sólo sus oídos: conseguiré sin duda que cualquiera que conozca esto que yo escribo acepte lo que antes condenó o bien —lo cual es mi primera etapa— deje al fin de reírse.

3 Si bien Tertuliano defendió esta misma causa en su libro titulado *Apologético*, sin embargo, dado que una cosa es responder a los acusadores —en cuyo caso la respuesta consiste en defenderse o en negar— y otra fijar nuestra actitud, que es lo que hago yo —en cuyo caso es necesario establecer la sustancia de toda nuestra doctrina<sup>19</sup>—, yo

no he hecho mi obra en la línea que, de forma incompleta, siguió Cipriano en el discurso en que intenta refutar a Demetriano<sup>20</sup>, el cual, como dice el mismo Cipriano, lanzaba una especie de ladridos y gritos contra la verdad. Cipriano 4 no trató el tema como debió hacerlo: y es que Demetriano no debía ser refutado con testimonios de las Escrituras, a las que él consideraba como vanas, fingidas e inventadas, sino con argumentos racionales. Efectivamente, al tratar con una persona desconocedora de la verdad, debió, dejando un poco al lado los tratados divinos, formarle desde el principio como a un ignorante y mostrarle poco a poco los principios de la luz, para que no se deslumbrara al recibir toda la luz de golpe. Pues, de la misma forma que 5 un niño no puede aguantar la fuerza de un alimento sólido y fuerte a causa de la delicadeza de su estómago, sino que es alimentado con leche líquida y ligera hasta que puede ser nutrido con alimentos más fuertes, cuando ya ha adquirido fuerzas, así también hubiese convenido ofrecerle primero a éste —puesto que todavía no podía comprender argumentos divinos— testimonios humanos, concretamente de filósofos e historiadores, para que fuera refutado principalmente por sus propios autores. Y como Cipriano, arras- 7 trado por su extraordinario conocimiento de las Sagradas Escrituras —hasta el punto de que sólo se contentó con los argumentos apoyados en la fe—, no hizo eso, yo, con la inspiración divina, he decidido hacerlo y dar al mismo tiempo a los demás un camino a imitar. Y si los hombres, 8

enseñados e instruidos por estas recomendaciones, hubiesen empezado a acogerse a este método mío y hubiesen preferido aplicar su talento y fuerza oratoria en este campo de la verdad, nadie dudaría de que, al haberse convenido todos de que ésta es la única religión y, sobre todo, de que ésta es la única y verdadera sabiduría, las falsas religiones estarían a punto de desaparecer y toda la filosofía a punto de fenecer.

Pero me he apartado del tema más de lo que quería.

5

*El bien  
ya existía  
en época  
de Saturno;  
pero cuando  
Saturno  
fue expulsado  
del reino,  
el bien  
desapareció*

Ahora he de volver al tema propuesto: el bien. El bien es ya la propia virtud, ya la fuente misma de la virtud; fue buscado no sólo por los filósofos, sino también por los poetas muy antiguos que fueron considerados como sabios antes de que existiera el término filosofía. Éstos comprendieron perfectamente que el bien estaba ausente de las cosas humanas e imaginaron que, ofendido por los vicios

de los hombres, había desaparecido de la tierra y emigrado al cielo <sup>21</sup>. Y para enseñar en qué consiste vivir de acuerdo con el bien —suelen dar, en efecto, sus preceptos por medio de rodeos— traen a colación ejemplos de vida recta de la época de Saturno, época a la que llaman dorada, y cuentan en qué estado se encontraba la vida humana cuando el bien moraba en la tierra. Esto debe ser tenido ciertamente, no como una invención, sino como algo verdadero.

3

Efectivamente, durante el reinado de Saturno, cuando todavía no se habían establecido los cultos a los dioses y aquella gente todavía no se había entregado a la creencia

en los dioses, Dios sí era adorado. Y por ello no existían todavía ni disensiones, ni enemistades, ni guerras; «todavía la rabia no había desenvainado las locas espadas» <sup>22</sup>, como dice Germánico César en su poema *Aratea*, «ni la discordia era conocida entre las pasiones» <sup>23</sup>; es más, ni siquiera entre los extraños; pero es que ni siquiera hubo espadas que desenvainar. Y es que, al existir y reinar el bien, ¿quién se iba a preocupar de la propia defensa, si nadie le atacaba, o quién se iba a preocupar de dañar al prójimo, si nadie deseaba nada? «Preferían vivir contentos con una forma de vida sencilla», como dice Cicerón en su *Aratea* <sup>24</sup>. Y eso es propio de nuestra religión. «No estaba permitido ni siquiera marcar o dividir el campo con lindes; los bienes adquiridos eran comunes» <sup>25</sup>, ya que Dios había dado la tierra en comunidad a todos, para que llevaran una vida en común, y no para que la rabiosa y loca avaricia lo quisiera todo para sí, y para que a nadie faltara lo que había nacido para todos. Estas palabras del poeta deben ser entendidas, no en el sentido de que pensemos que no existía en absoluto la propiedad privada, sino que debemos entenderlas, en su valor poético figurado, en el sentido de que los hombres eran tan liberales, que no escondían los frutos que les nacían, ni se entregaban ellos

5

6

7

solos a bienes escondidos, sino que admitían a los pobres  
8 en la participación de los frutos del propio trabajo. «Cor-  
rrían ya ríos de leche, ríos de néctar»<sup>26</sup>, y no es extraño,  
ya que las ganancias de los buenos estaban generosamente  
a disposición de todos y la avaricia, que intercepta la llega-  
da de los bienes divinos, no provocaba entre el pueblo hambre  
ni sed, sino que todos eran igualmente ricos, ya que  
los que tenían daban con largueza y abundancia a los que  
no tenían.

9 Pero una vez que Saturno fue expulsado por su hijo  
y, «huyendo de las armas de Júpiter y siendo un desterra-  
do tras haberle sido arrebatado el trono»<sup>27</sup>, fue echado  
al Lacio, cuando el pueblo, ya por miedo al nuevo rey,  
ya por espontánea depravación propia, dejó de adorar a  
Dios y empezó a tener por Dios a su rey, y cuando el pro-  
pio Júpiter, poco menos que parricida, daba a los demás  
ejemplo de violación del cariño familiar, «la rectísima don-  
cella»<sup>28</sup> abandonó inmediatamente las tierras»<sup>29</sup>; pero esta  
10 doncella no «se asentó», como dice Cicerón, «en el reino  
de Júpiter ni en ninguna parte del cielo»<sup>30</sup>. Y es que ¿có-  
mo podía ella asentarse o morar en el reino de aquel que  
había echado a su padre del trono, que le había perseguido  
con las armas, y que le había lanzado como desterrado  
por todo el orbe? «Él puso el malvado veneno en las ne-  
gras serpientes y ordenó a los lobos depredar»<sup>31</sup>, es decir,  
introdujo el odio, la envidia y el engaño en los hombres,

para que fueran tan envenenados como las serpientes y tan  
depredadores como los lobos. Esto es realmente lo que ha- 11  
cen quienes persiguen a los justos y a los fieles de Dios,  
y quienes dan a los jueces la potestad de ensañarse con  
los inocentes. Quizás Júpiter hizo algo parecido para des- 12  
truir y erradicar el bien y, por ello, dice la tradición que  
enloqueció a las serpientes e incitó a los lobos. «Después  
siguió la rabia de la guerra y el deseo de posesión»<sup>31bis</sup>;  
y no sin razón; efectivamente, al ser erradicada la religión 13  
de Dios, los hombres perdieron la ciencia del bien y del  
mal; de esta forma, desapareció para los hombres la vida  
en común y se rompió la alianza de la sociedad humana.  
Entonces empezaron a enfrentarse entre sí, a insidiar y a  
buscarse la gloria matando a otros hombres.

*La llegada  
de Júpiter  
coincide con  
el final de la  
edad de oro  
y del reinado  
del bien*

La fuente de todos estos males era la 6  
ambición, cuyas raíces están concretamen-  
te en el desprecio a la verdadera majes-  
tad. Efectivamente, aquellos a los que co-  
rrespondía algo no sólo no hacían partí-  
cipes a los demás de ello, sino que inclu-  
so robaban lo ajeno, reduciéndolo todo  
a interés privado; y lo que antes producía cada uno para  
uso común, ahora se acumulaba en la casa de unos pocos.  
Y para someter a los demás a la servidumbre, empezaron 2  
en primer lugar a sustraer y acumular las cosas necesarias  
para la vida y a custodiarlas sólidamente guardadas, para  
convertir los beneficios del cielo en propiedad suya: y esto  
lo hacían, no por benevolencia para con los demás hom-  
bres, benevolencia que no tenían, sino para apropiarse de  
todo lo que podía servir a su ambición y a la avaricia.  
Promulgaron incluso en su favor, y bajo la apariencia de 3

justicia, leyes inicuas e injustas, mediante las cuales protegían sus rapiñas y avaricias contra los ataques de la muchedumbre. Como consecuencia, su poder se basaba tanto en su autoridad como en la fuerza, la riqueza y la maldad. 4 Y, como en ellos no había ningún resquicio de bondad, cuyos oficios son la benevolencia, la equidad y la misericordia, se regodeaban en la soberbia e hinchada desigualdad y, con escolta, armas y suntuosos vestidos, se hacían 5 a sí mismos superiores a los demás hombres. A raíz de ello, se inventaron para sí honores, púrpura y signos de poder, para, protegidos así por el terror a las hoces y espadas, dominar, casi con derecho de dueños, sobre los sometidos y aterrorizados.

6 En estas condiciones puso la vida del hombre aquel rey que, tras derrotar y poner en fuga a su padre, ocupó por la fuerza y con hombres armados, no un reino, sino una impía tiranía; y eliminó aquella época dorada y justa; y obligó a los hombres a ser malvados e impíos, apartándolos incluso de su propio Dios para llevarlos a la idolatría: esto es lo que trajo consigo el miedo a su poder extremadamente arrogante. Y es que ¿quién no iba a tener miedo de 7 quien estaba ceñido de armas y rodeado del insólito fulgor del hierro y de las espadas? O ¿a qué extraño iba a respetar quien no había respetado ni siquiera a su padre? ¿A 8 quién iba a temer quien había derrotado en la guerra y aniquilado con la muerte al robusto y extraordinariamente fuerte pueblo de los Titanes? ¿Qué tiene de extraño que todas las gentes, apremiadas por insólito miedo, se entregaran a la adulación de uno solo? A él veneraban, a él 9 concedían los máximos honores. Y, dado que la imitación de las costumbres y vicios del rey es considerada como un tipo de adulación, abandonaron todos la piedad, para no dar la impresión de que estaban reprochando al rey su cri-

men si vivían piadosamente. Corrompidos de ésta forma 10 por la constante adulación, abandonaron el derecho divino y el hábito de vivir impiamente se fue convirtiendo poco a poco en costumbre. Y ya no quedó nada de la honesta y virtuosa situación de la época anterior, sino que la expulsión del bien, expulsión que llevó consigo también la de la verdad, dejó a los hombres en el error, la ignorancia y la ceguera. Insensatos fueron, pues, los poetas cuando 11 escribieron que el bien se refugió en el reino de Júpiter, ya que si el bien existió en la tierra en la época que llaman dorada, fue sin duda rechazado por Júpiter, que fue quien puso fin a la edad de oro.

Pues bien, el final de la edad de oro y la expulsión 12 del bien no deben ser considerados, según dije, sino como el abandono de la religión divina, que es la única que consigue que el hombre ame al hombre; que éste sepa que los demás hombres están unidos a él por un vínculo de fraternidad, por cuanto «todos tienen a Dios como único padre»<sup>32</sup>; que el hombre comparta con los que no los tienen los beneficios de Dios y padre común; que no haga daño a ningún otro; que no oprima a ningún otro; que no cierre las puertas al huésped, los oídos al que suplica, sino que sea generoso, benéfico y liberal, cualidades regias, en opinión de Cicerón<sup>33</sup>. Esto es sin duda el bien, 13 y en esto consistió la edad de oro, edad que en un primer momento, bajo el reinado de Júpiter, fue corrompida, y después, con la adoración a él mismo y a toda su descendencia y con la aceptación del culto a muchos dioses, fue totalmente erradicada.

7                    Pero Dios, como padre indulgentísi-  
                      mo que es, al acercarse el final de los  
                      tiempos, envió un mensajero que hiciera  
                      volver aquella vieja edad y bien, que ha-  
                      bían sido expulsados, para que el género  
                      humano no se viera ajetreado por graves  
                      y constantes errores. Volvió, pues, una  
2                    imagen de aquella edad de oro; y el bien volvió realmente  
                      a la tierra, aunque fue concedido sólo a unos pocos: este  
                      bien no es otra cosa que el piadoso y religioso culto al  
3                    Dios único. Quizás a alguien le perturbe esta duda: ¿por  
                      qué, si éste es el bien, no fue concedido a todo el género  
                      humano y por qué no se ha adherido a él todo el mundo?  
                      Éste es un motivo de gran discusión: ¿por qué Dios deci-  
                      dió que hubiera estas diferencias al dar el bien a la tierra?  
                      Ello ya lo he explicado en otro lugar <sup>34</sup>, y lo explicaré siem-  
4                    pre que haya oportunidad. Ahora me basta con apuntarlo  
                      brevemente: la virtud no puede ser reconocida si no tiene  
                      vicios en frente, o no puede ser perfecta si no es puesta  
5                    a prueba por sus contrarios. Dios quiso, pues, que hubiera  
                      oposición entre el bien y el mal para que pudiéramos cono-  
                      cer la esencia del bien por oposición al mal, y la del mal por  
                      oposición al bien: la naturaleza de uno no se puede cono-  
                      cer si prescindimos del otro. Así pues, Dios dejó que exist-  
6                    tiera el mal para que se pudiese conocer la naturaleza del  
                      bien. Efectivamente, ¿cómo podría la paciencia mantener  
                      su sentido y su nombre si no hubiera nada que nos viéramos  
                      obligados a soportar? ¿Cómo podría ser digno de ala-  
                      banza el devoto fiel a su Dios si no hubiera otro que  
                      intentara apartarle de su Dios? Y por ello permitió Dios

*El bien  
ha vuelto  
con Cristo,  
pero sólo  
para unos pocos;  
discusión sobre  
el bien y el mal*

que los malvados fueran poderosos, para que pudieran em-  
pujar hacia el mal; y que fueran muchos, para que la vir-  
tud, por su rareza, fuera un bien apreciado. Este mismo  
concepto lo expresó Quintiliano excelente y brevemente en <sup>7</sup>  
la declamación titulada *La cabeza velada* <sup>35</sup>, donde dice:  
«¿Qué virtud sería la inocencia si su rareza no le hubiese  
dado gloria? Mas, puesto que por naturaleza sucede que  
el odio, la ambición y la ira convierten en ciegos a aquellos  
de los que se apoderan, parece superior a las fuerzas hu-  
manas estar sin culpa. Por lo demás, si la naturaleza hu-  
biese concedido a todos idénticas disposiciones de ánimo,  
la bondad no existiría». La veracidad de este hecho viene <sup>8</sup>  
demostrada necesariamente por la propia razón: efectiva-  
mente, si la virtud consiste en oponerse con fortaleza a  
los males y a los vicios, está claro que sin mal y sin vicio  
no existiría ninguna virtud; y Dios, para convertirla en ab-  
solutamente perfecta, permitió que existiera su contrario  
para que pudiera medirse con él, ya que, al ser sacudida  
por los azotes de los males, adquiere estabilidad y, cuanto  
más fuertemente es golpeada, tanto más firmemente se ro-  
bustece. Ésta es la causa por la cual, a pesar de que el bien <sup>9</sup>  
ha sido enviado a los hombres, a esta edad nuestra no se  
la conoce sin embargo como la dorada, ya que Dios, para  
mantener la oposición que explica por sí sola el misterio  
de la divina religión, no erradicó el mal.

8

*El bien podría  
ser patrimonio  
de todos,  
si abandonarán  
el culto  
a los dioses*

Quienes piensan, pues, que no existe ningún justo tienen ante sus ojos la justicia, pero no quieren verla. Pues ¿qué otra cosa es describirla en los poemas o en todos los otros escritos, quejándose de su ausencia, cuando es facilísimo ser justos,

2 si quieren? ¿Por qué pintáis para vosotros una justicia vana y pretendéis que caiga del cielo, como si tuviera forma y figura? La tenéis ante vuestros ojos: recibidla si podéis, colocadla en la sede de vuestro corazón, y no consideréis  
3 esto ni difícil ni anacrónico. Sed rectos y buenos, y la justicia que buscáis os seguirá espontáneamente; echad de vuestros corazones todo mal pensamiento, e inmediatamente volverá para vosotros aquella época dorada: y eso no lo podéis conseguir de otra forma que empezando a adorar  
4 al Dios verdadero. Vosotros, por el contrario, deseáis que el bien reine sobre la tierra mientras conserváis el culto a los dioses, y eso es imposible que suceda; pero es que tampoco pudo suceder en la época en que vosotros pensáis, puesto que, al no haber nacido todavía los dioses a los que impíamente adoráis, sólo existía necesariamente en la tierra el culto al único Dios, ese que rechaza la maldad y reclama la bondad, cuyo templo no son las piedras y el barro, sino el hombre mismo, que lleva la figura de Dios: ese templo no está adornado con los corruptibles regalos de oro y piedras preciosas, sino con los regalos eternos de las virtudes. Aprended, pues, si es que tenéis algo de sentido común, que los hombres son malos y perversos porque adoran a los dioses, y que todos los males aumentan cada día más en las situaciones humanas porque Dios, creador y rector de este mundo, ha sido abandonado, porque se han aceptado religiones impías en detrimento de la ley divina, y finalmente porque no dejáis que Dios sea

adorado ni siquiera por unos pocos. Si fuera adorado sólo 6 Dios, no habría disensiones ni guerras, ya que los hombres sabrían que son hijos de un solo Dios y que por ello están unidos por el sagrado e inviolable vínculo del parentesco divino; no se harían asechanzas, porque conocerían las penas que Dios tiene guardadas para los asesinos de las almas, ya que él ve los crímenes más secretos e incluso los propios pensamientos; no habría robos ni rapiñas si siguiendo la enseñanza divina los hombres hubiesen aprendido a contentarse con lo poco suyo y a preferir lo sólido y eterno a lo frágil y caduco; no habría adulterios, estu- 7 pros, ni prostitución de mujeres, si todos supieran que Dios condena las apetencias que sobrepasan el deseo de engendrar; la necesidad no obligaría a las mujeres a profanar su pudor para ganarse el sustento de la forma más obscena, porque los hombres frenarían su pasión y las honestas y religiosas aportaciones de los ricos remediarían a los pobres. No existirían, pues, como he dicho, todos estos 8 males en la tierra si todos juraran en común ser fieles a la ley de Dios, si todo el mundo se portara como se porta solamente nuestro pueblo. ¡Qué feliz y dorado sería 9 el estado de las cosas humanas si moraran por todo el mundo la mansedumbre, la piedad, la paz, la inocencia, la equidad, la templanza y la fe! Finalmente, para gobernar 10 a los hombres no harían falta tan numerosas y variadas leyes, porque para la bondad perfecta bastaría sólo la ley de Dios; ni harían falta las cárceles, ni las espadas de los gobernantes, ni el terror de los castigos, porque los saludables preceptos divinos, infundidos en los corazones humanos, inducirían espontáneamente a los hombres a la realización del bien. Ahora, sin embargo, los hombres son ma- 11 los, porque ignoran la rectitud y el bien. Esto ya lo vio Cicerón; efectivamente, al hablar de las leyes, dice: «De

la misma forma que el mundo, gracias a su única y misma naturaleza, está unido y soldado con todas sus partes en armonía consigo mismas, así todos los hombres, unidos entre sí por naturaleza, están en desacuerdo por su maldad y no entienden que son de la misma sangre y que están todos sujetos a una sola y misma tutela; si tuvieran esto presente, los hombres llevarían sin duda una vida semejante a la de los dioses»<sup>36</sup>. Ha sido, pues, el injusto e impío culto a los dioses el que ha introducido todos los males con que los hombres se aquejan mutuamente entre sí. Y no pudieron mantener entre ellos el recíproco respeto porque, cual hijos pérfidos y rebeldes, renegaron de Dios, padre común de todos.

9                   A veces, sin embargo, se dan cuenta de que son malos, añoran la situación de épocas pasadas y reconocen que sus costumbres y méritos no son buenos: y al que sigue el camino recto no sólo no le aceptan ni reconocen, sino que incluso le odian ferozmente, le persiguen y tratan de eliminarle.

*La maldad  
de los paganos*

2                   Supongamos entre tanto que no existe ese bien que nosotros perseguimos: ¿cómo lo recibirán, si llega eso que ellos consideran como el bien, ellos que torturan y matan a quienes ellos mismos reconocen como seguidores del bien —y que son realmente buenos, porque hacen obras buenas y justas—, cuando, aunque sólo mataran a los culpables, no serían dignos de que se acercara a ellos el bien, ya que éste abandonó la tierra única y exclusivamente porque se  
3 empezó a derramar sangre sobre ella? <sup>37</sup>. Con mucha me-

nos razón llegará a ellos el bien, cuando matan a personas honradas y consideran como enemigos, y aun más que enemigos, a los propios seguidores del bien. En lo que se refiere a los enemigos, si bien se ataca con las armas y el fuego sus vidas, sus riquezas e hijos, sin embargo se perdona a los vencidos, suele haber lugar para clemencia e, incluso, aunque haya rienda suelta para la crueldad, no se permite nada más que matar o reducir a la servidumbre. Pero lo que se hace contra los que no saben hacer mal es inenarrable y ninguna persona es considerada más culpable que aquel que es más inocente de todos. Así pues, se atreven a hablar de justicia los más malvados, los que superan a las fieras en ferocidad, los que exterminan al pacífico pueblo de Dios «como lobos salvajes en medio de una negra niebla, a los que ciega el furor implacable de su vientre»<sup>38</sup>. Pero a estos enemigos nuestros no los enloquece el furor de su vientre, sino el de su corazón; y no andan en medio de una negra niebla, sino en abiertas correrías depredadoras; ni el remordimiento de sus crímenes les impide nunca violar con su boca, empapada de sangre de inocentes cual fauces de bestias, el santo y piadoso nombre del bien. ¿Cuál diremos que es la causa principal de este odio tan grande y pertinaz? ¿Acaso que «la verdad engendra odio»<sup>39</sup>, como dice el poeta inspirado casi por un soplo divino, o que les enrojece ser malvados en presencia de justos y buenos? ¿O ambas cosas a la vez? La verdad, en efecto, siempre es odiada, ya que quien peca quiere tener vía libre para pecar y piensa que la mejor for-

ma de poder disfrutar con más seguridad del placer de sus malas acciones es no teniendo a nadie al que desagraden sus delitos. En consecuencia, tratan de extirparlos y erradicarlos totalmente al considerarlos como testigos de sus crímenes y maldad; y los consideran molestos para ellos, como si la vida de éstos les estuviera poniendo en evidencia. 8 Pues ¿para qué tiene que haber hombres rectos inoportunos que, con su recta forma de vida, critican la corrupción general? ¿Por qué no son todos en la misma medida malos, ladrones, impúdicos, adúlteros, perjuros, avaros y fraudulentos? Mejor quitar de en medio a aquellos en cuya presencia da vergüenza vivir, a aquellos que si bien no culpan ni golpean el rostro de los pecadores con la palabra, porque callan, sí lo hacen con su propia forma de vida 9 distinta. Y es que quien no opina como ellos parece que les está castigando. Y no es extraño que hagan esto contra los hombres, cuando contra el propio Dios, y por la misma causa, se sublevó incluso el pueblo al que se concedió la promesa y que le conocía: de esta forma, a los buenos les ha correspondido la misma suerte que al propio autor del bien.

10 Maltratan, pues, atormentan con rebuscados tipos de castigos y no se contentan con matar a los que odian, si-  
11 no se ensañan también cruelmente con sus cuerpos. Y si algunos, por miedo al dolor o a la muerte o por su propia perfidia, reniegan de su juramento divino y aceptan los sacrificios paganos <sup>40</sup>, son alabados y colmados de honores, para que los demás sean atraídos por su ejemplo.  
12 Pero a quienes tienen en gran estima su fe y no renuncian

al culto de su Dios, contra éstos se lanzan, cual sedientos de sangre, con todas las fuerzas de su ferocidad carnívora, y los llaman desesperados porque no se preocupan de su cuerpo: como si hubiera mayor desesperanza que la de atormentar y despedazar a aquel que sabes que es inocente. ¡Hasta tal punto no tienen pudor aquellos de los cuales 13 se aparta todo sentido humano y retuercen contra los buenos los castigos que a ellos convendrían! Los llaman, en 14 efecto, impíos, ellos que, naturalmente, son píos y limpios de sangre humana, cuando, si consideran sus propias acciones y las de aquellos a los que consideran como impíos, entenderán cuán falaces son y cuánto más dignos de todo eso que dicen y hacen contra los buenos. Y es que 15 no es en nuestro grupo, sino en el suyo, donde hay siempre quienes bloquean los caminos con las armas en las manos; quienes ejercen la piratería por los mares; quienes preparan ocultamente venenos, si no pueden agredir abiertamente; quienes matan a sus mujeres para quedarse con su dote, o a sus maridos, para casarse con los amantes; quienes estrangulan a sus hijos o, si tienen un poco de piedad, los abandonan como expósitos; quienes no se abstienen de relaciones 16 incestuosas con sus hijas, sus hermanas, su madre y con las sacerdotisas; quienes conspiran contra sus conciudadanos y patria; quienes no temen al saco <sup>41</sup>; finalmente, quienes cometen sacrilegios y despojan los templos de los dioses a los que adoran; y —por decir lo más suave y corriente— quienes andan a la caza de herencias, falsifican testamentos, aíslan o eliminan a los legítimos herederos; quienes prostituyen sus cuerpos por placer; quienes, olvidándose de su sexo rivalizan con las mujeres en debilidad;

quienes manchan y profanan, contra toda honra, la parte más sagrada incluso de su cuerpo; quienes se castran con la espada para ser —lo cual es aún más vergonzoso— ministros religiosos <sup>42</sup>; quienes no respetan ni siquiera su vida, sino que venden su alma para que se consuma públicamente; quienes, si se sientan en el tribunal como jueces, condenan a los inocentes corrompidos por el dinero o dejan marchar impunemente a los culpables; quienes intentan comprar el propio cielo con sus encantamientos, como si la tierra no bastara para recoger su maldad.

<sup>18</sup> Todos estos crímenes, insisto, y otros muchos son hechos por los adoradores de los dioses. ¿Qué lugar hay para la justicia entre tantos y tan grandes crímenes? Y eso que sólo he recogido unos pocos de entre muchos, no como <sup>19</sup> acusación, sino como muestra. Quien quiera conocerlos todos, que coja en sus manos los libros de Séneca, veracísimo descriptor y durísimo acusador de las costumbres y vicios públicos <sup>43</sup>. De todas formas, Lucilio describió resumida y brevemente esta tenebrosa forma de vida con estos versos: «Ahora, desde la mañana a la noche, en días festivos y en días de trabajo, el pueblo todo y toda la nobleza sin distinción se lanzan durante todo el día al foro, no se retiran nunca, se entregan todos a un único y solo afán y artimaña: poder hablar con cautela, discutir con engaños, rivalizar en lisonjas, simular ser honestos, tender asechanzas, como si todos fueran enemigos entre sí» <sup>44</sup>.

<sup>21</sup> A nuestro pueblo, sin embargo, cuya religión consiste totalmente en vivir sin pecado y sin mancha, ¿cuál de estas cosas se le puede achacar? Pues bien, al ver que ellos y

los suyos hacen esas cosas que hemos descrito, y que nosotros, sin embargo, no hacemos otra cosa que lo recto y lo bueno, podían, si es que hubieran tenido sentido común, haber entendido, a partir de ello, que los que hacen el bien son piadosos y que ellos, que cometen cosas nefandas, son los impíos. Y es que no puede suceder que <sup>23</sup> quienes no se equivocan en todos los demás actos de su vida se equivoquen en el más importante, la religión, que es el vértice de todas las acciones: efectivamente, si se es impío en lo importante, también se es, como consecuencia, en todas las demás cosas. De la misma forma, tampoco <sup>24</sup> puede suceder que quienes se equivocan en todas las acciones de su vida no se equivoquen también en la religión, ya que, si se es piadoso en lo importante, se seguirá el mismo tenor en las demás cosas. De ahí se sigue que, tanto en unos como en otros, se pueda conocer, por las características de las acciones que hacen, cuál es la condición de lo importante.

Merece la pena conocer su piedad <sup>10</sup> ra que, a partir de sus acciones rectas y piadosas, pueda comprenderse qué delitos cometen contra las leyes de la piedad. Y para que no pueda dar yo a nadie la <sup>2</sup> impresión de que actúo incorrectamente, recurriré a un personaje de la poesía que constituya el ejemplo más grande posible de piedad <sup>45</sup>. Ese rey maroniano, <sup>3</sup> «más justo que el cual en piedad y más valiente en la guerra y en las armas no había otro» <sup>46</sup>, ¿qué testimonios de bondad nos dejó? «Había atado a las espaldas las manos

*Los que adoran  
a los dioses,  
por muy honrados  
que sean,  
no son piadosos*

de aquellos que iba a ofrecer en sacrificio a las sombras infernales, para extender así las llamas con la sangre de los muertos»<sup>47</sup>. ¿Qué más clemente, en un hombre piadoso como éste, que inmolar víctimas humanas a los muertos y alimentar el fuego con sangre humana, como si fuese aceite? Aunque quizás esto no fue un pecado del propio Eneas, sino del poeta, que cubrió a un «hombre de insigne piedad»<sup>48</sup> con un crimen insigne. ¿Dónde está, pues, poeta, esa piedad que tantas veces alabas? He aquí que el piadoso Eneas «coge vivos a cuatro mozos, hijos de Sulmón, y a otros cuatro de Ufente, para inmolarlos como víctimas expiatorias a las sombras y para extender las llamas de la pira con la sangre de los prisioneros»<sup>49</sup>. ¿Por qué, entonces, cuando conducía al sacrificio a hombres encadenados, decía que él «quisiera conceder la libertad incluso a los vivos»<sup>50</sup>, cuando mandaba matar como a animales a los que tenía vivos en su poder? Pero esto, como he dicho, no fue responsabilidad de Eneas, que quizás era un inculto, sino tuya: tú, que, a pesar de ser culto, no sabías en qué consistía la piedad, y creíste que todo lo nefando y detestable que él hacía, lo hacía en el desempeño de su piedad. Evidentemente, es llamado piadoso sólo por esto: porque amó a su padre. ¿Qué decir del hecho de que «el buen Eneas mató a los que hacían plegarias justas»?<sup>51</sup>. Efectivamente, jurando en nombre de su padre y «por lo que prometía el joven Julio»<sup>52</sup>, «en un acceso de locura e

ira»<sup>53</sup> no se entregó al perdón. ¿Puede pensar alguien que tenía algo de virtuoso aquel que ardía de locura cual paja y, olvidándose de los males de su padre, en cuyo nombre hacía ruegos, no podía reprimir su ira? En absoluto es, pues, piadoso aquel que mata no sólo a los que no se le oponen, sino incluso a los que le suplican.

Alguien dirá en este punto: ¿Qué es, dónde está y cómo es la piedad? ¡Sin duda está entre aquellos que desconocen la guerra, que mantienen la concordia con todos, que son amigos incluso de sus enemigos, que aman a todos los hombres como hermanos, que saben reprimir su ira y moderar tranquilamente todo acceso de locura de su ánimo. Consiguientemente, ¿qué cantidad de tinieblas, qué nube de oscuridad y errores cegó los corazones de aquellos hombres que, cuanto más piadosos se consideran a sí mismos, tanto más impíos son? Efectivamente, cuanto más religiosamente sirven a estas estatuas terrenales, tanto más criminales son contra el nombre del verdadero Dios. En consecuencia, y por los propios méritos de su impiedad, frecuentemente se ven aquejados por graves desgracias; y como desconocen el origen de estas desgracias, las achacan totalmente a la fortuna, y de ahí que tenga explicación la filosofía de Epicuro que piensa que los dioses no se preocupan de nada, ni son afectados por los favores, ni conmovidos por la ira, ya que se ve con frecuencia que son felices quienes los desprecian y desgraciados quienes les son fieles. Esto sucede porque, al dar la impresión de que son religiosos y naturalmente buenos, se piensa que no merecen ninguna de las desgracias que con frecuencia soportan; se consuelan, sin embargo, acusando a la fortuna y no se

dan cuenta de que, si existiese alguna fortuna, no haría  
14 daño a sus fieles. Con razón, pues, son castigados los pia-  
dosos de este tipo y con razón la providencia divina, ofen-  
dida por los crímenes de hombres erróneamente religiosos,  
los castiga con desgracias; y es que éstos, aunque lleven  
una vida moralmente recta en medio de una extrema fide-  
lidad e inocencia, sin embargo, al adorar a los dioses, cuyos  
impíos y profanos ritos odia el verdadero Dios, se alejan  
15 de la auténtica justicia y piedad. Y no es difícil demostrar  
por qué los adoradores de los dioses no pueden ser buenos  
ni justos; efectivamente, ¿cómo van a abstenerse de críme-  
nes quienes adoran a los sangrientos dioses Marte y Belo-  
na? <sup>54</sup>. ¿Cómo van a respetar a sus padres quienes adoran  
a Júpiter, desterrador de su padre, o a sus hijos quienes  
adoran a Saturno? <sup>55</sup>. ¿Cómo van a proteger el pudor quie-  
nes adoran a la diosa desnuda, adúltera y casi prostituta  
16 entre los dioses? <sup>56</sup> ¿Cómo se van a abstener de rapiñas  
y robos quienes conocen los robos de Mercurio, que ense-  
ña que engañar no es fraude, sino astucia? <sup>57</sup>. ¿Cómo van  
a reprimir sus placeres quienes veneran a Júpiter, Hércu-  
les, Liber, Apolo y demás, cuyos adulterios y estupro-  
s, cometidos sobre varones y hembras, son conocidos no sólo  
por los cultos, sino que se representan incluso en los tea-  
tros y son objeto de cantos, para que sean conocidos por  
17 todos? ¿Pueden existir, con tales ejemplos, hombres jus-

tos, los cuales, aunque sean buenos por naturaleza, son  
instruidos por los propios dioses en maldad? Y es que para  
aplacar al dios al que se adora hay que recurrir a aquellas  
cosas que se sabe que le agradan y deleitan; así sucede  
que el dios modela la vida de sus fieles con las característi-  
cas de su forma de ser, puesto que el mejor modo de vene-  
rar a un dios consiste en imitarle.

Pues bien, puesto que a estos hom- 11  
bres que comparten las costumbres de sus  
dioses les resulta dura y molesta la justi-  
cia, practican violentamente contra los  
justos la misma impiedad que inspira to-  
das sus acciones, y no sin razón son lla-  
mados bestias por los profetas <sup>58</sup>. Muy bien dijo, pues, 2  
Marco Tulio: «Así pues, si no hay nadie que no prefiera  
morir antes que ser transformado en bestia, aun conser-  
vando la inteligencia humana, ¿cuánto más miserable es  
tener alma de fiera en un cuerpo humano? A mí, al me-  
nos, me parece mucho más miserable, en la medida en que  
el alma es más noble que el cuerpo» <sup>59</sup>. Pues bien, despre- 3  
cian los cuerpos de las bestias, siendo ellos más crueles  
que éstas, mientras que se complacen por haber nacido hom-  
bres, cuando de hombre no tienen nada más que los con-  
tornos y la forma erecta. Efectivamente, ¿qué Cáucaso, 4  
qué India, qué Hircania alimentó nunca fieras tan crueles  
y sanguinarias? Y es que la rabia de todas las fieras enlo-  
quece sólo hasta que se sacia el vientre, ya que, en cuanto  
se sacia el hambre, inmediatamente amaina. La verdadera 5  
bestia es aquel que con una sola orden «desparrama por

*Crueldad de  
los perseguidores*

todas partes negra sangre, por todas partes cruel llanto, y por todas partes pavor e infinitas visiones de muerte»<sup>60</sup>.

6 Nadie puede describir convenientemente la crueldad de esta enorme bestia que, afincada en un solo lugar, se ensaña por todo el orbe con sus dientes de hierro y no sólo destruye los miembros de los hombres, sino que elimina los propios huesos y se ensaña con las cenizas, para que no exista ningún sepulcro: como si aquellos que profesan su fe en Dios pretendieran que se visitaran sus sepulcros, y no el llegar ellos mismos junto a Dios. ¿Qué fiereza, qué rabia, qué locura es esa de privar de luz a los vivos y de tierra a los muertos? Para mí, pues, no hay nada más desgraciado que esos hombres, a los que fatales circunstancias han revelado o convertido en ministros de la locura ajena y

8 en satélites de impías órdenes; su cargo no es, pues, un honor ni un aumento de dignidad, sino una condena de su persona al oficio de verdugo y, después, al castigo

9 eterno de Dios. En lo que se refiere a las acciones de cada uno de ellos por todo el orbe, es imposible narrarlas; pues ¿qué número de volúmenes sería suficiente para recoger tan infinitos y variados tipos de crueldad? Y es que, tras ser investidos del poder, cada uno se ensañó según sus costumbres: unos, por temor a quedarse cortos, se atrevieron a hacer más de lo que se les había mandado; otros se ensañaban por su propio odio contra los justos; algunos, por la natural fiereza de su alma; aquéllos, para agrandar y buscarse de esta forma un acceso a cargos más altos; otros se mostraron excesivamente descabellados a la hora de matar, como uno de Frigia que quemó a todos los fieles juntamente con la casa en que estaban reunidos; pero el más

11 cruel es aquel que aparece como más clemente: el tipo peor

es el que aparenta una falsa clemencia; el más grave, el más cruel es el verdugo que decidió no matar a nadie; es imposible, en efecto, decir cuántos y cuán graves tipos de tormentos idearon estos jueces para llevar a término sus propósitos; y esto lo hacen no sólo para jactarse de que ellos no han ejecutado a ningún inocente —yo mismo he oído a algunos jactarse de que su régimen ha sido incruento a este respecto—, sino por envidia, para no ser ellos mismos derrotados o para que los cristianos no consigam la gloria que sigue a su valor; por ello, al idear los tipos de penas, sólo pensaron en la victoria: y es que saben que se trata de una contienda y de una guerra. Yo he visto en Bitinia a un gobernador que exultaba sobremanera de gozo, como si hubiera sometido a un pueblo bárbaro, porque un cristiano, que había resistido con gran virtud durante dos años, parecía al fin ceder. Se esfuerzan, pues, por vencer, infringen refinados tormentos a los cuerpos y no les preocupa otra cosa que evitar que los torturados mueran: como si sólo produjera bienaventurados la muerte y como si los tormentos, cuanto más duros son, no produjeran tanta mayor gloria. Ellos, sin embargo, en su obstinada estolidez mandan cuidar con diligencia de los torturados, para que sus miembros queden dispuestos para nuevos tormentos y para que nueva sangre se recupere para otros tormentos. ¿Qué otra cosa tan piadosa, tan benévola, tan humana puede hacerse? Sin duda que no hubiesen cuidado con tanta solicitud de sus seres queridos. Ésta es la disciplina de los dioses, para estas acciones amaestran a sus fieles, éstos son los ritos que desean; es más, estos criminales homicidas establecieron impías leyes contra los piadosos: conservamos, en efecto, escritas sacrílegas disposiciones e injustos análisis de jurisprudencias. Domicio, en el libro séptimo de su obra *Sobre las obligaciones de un*

governador<sup>61</sup>, recoge nefastos escritos imperiales, para dar a conocer cuáles eran los castigos que se debían dar a los que se reconocían como adoradores de Dios.

12                                   ¿Cómo te comportarías con aquellos  
          ¿Quiénes son           que consideran conforme a derecho los  
          los necios            suplicios de los antiguos tiranos, rabiosa-  
          y quiénes            mente ensañados con los inocentes? Ésos,  
          los sensatos?       siendo como son maestros de la injusti-  
          ¿Los cristianos      cia y de la crueldad, pretenden, sin em-  
          o sus                bargo, dar la impresión de ser justos y  
          perseguidores?     sabios, cuando son ciegos, romos y desconocedores de la  
2 realidad y de la verdad. ¿Hasta tal punto, mentes péfidas,  
es odioso el bien, que lo emparejáis con los mayores crí-  
menes? ¿Hasta qué punto desapareció de vosotros la ino-  
cencia, que no consideráis a los inocentes dignos de una  
muerte natural, sino que tenéis como el mayor de los crí-  
menes no cometer ninguno y conservar un corazón lim-  
3 pio de todo contagio criminal? Puesto que estamos tratan-  
do con adoradores de los dioses, permítasenos a nosotros  
hacer el bien a través de vosotros y con vosotros: ésta es  
nuestra ley, nuestro trabajo y nuestra religión. Si os parece  
que somos sabios, imitadnos; si os parecemos necios, des-  
preciadnos y reíos de nosotros si os place: de esta forma,  
4 de algo os sirve nuestra necesidad. ¿Por qué nos atorment-  
áis? ¿Por qué nos atacáis? Nosotros no odiamos vuestra  
cultura; preferimos esta necedad nuestra, lo aceptamos, y  
creemos que esto es lo que nos conviene: amaros a vos-  
otros y poner todo lo nuestro a vuestra disposición, a pesar  
5 de que nos odiáis. Hay en Cicerón un pasaje no exento

de verdad, en la discusión que mantiene Furio contra el bien; dice así: «Si hay dos personas, de las cuales una es un hombre extraordinario, rectísimo, de extrema bondad y de singular lealtad, y otra un criminal y desvergonzado insigne; y si los ciudadanos se equivocan, de forma que a aquel que es bueno le consideran criminal, facineroso e impío, mientras que al que es malvado le consideran enormemente recto y leal; y si, en función de esta común opinión de los ciudadanos, aquel primer varón recto es hecho preso, privado de las manos y de los ojos, condenado, encarcelado, quemado, eliminado y reducido a la indigencia, de forma que todos, en fin, le consideren, incluso con razón, como el más desgraciado de todos, mientras que el 6 malvado es alabado, honrado, apreciado por todos, receptor de todos los honores, de todos los cargos, de todos los recursos y, en fin, de todas las riquezas, de forma que todos, en resumidas cuentas, le consideren como el mejor y el más digno de todo tipo de fortuna; si sucede esto, yo pregunto: ¿quién estará tan loco que dude cuál de los 7 dos prefiere ser?»<sup>62</sup>. Ciertamente Cicerón adujo este ejemplo dando la impresión de que adivinaba las desgracias que nos iban a suceder a los cristianos y la forma en que nos iban a suceder por ser buenos. Y es que nuestro grupo sufre todo eso por la maldad de los que están en el error. Y he aquí que la ciudad o, mejor, todo el mundo está 8 en ese error, de forma que persigue, atormenta, condena y ejecuta, como malvados impíos, a los buenos y justos. En lo que se refiere a la afirmación de Cicerón de que 9 «no hay nadie tan loco que dude cuál de los dos prefiere ser», él, sin duda, como quien argumenta contra la justicia, estaba convencido de esto: de que todo el mundo pre-

fería ser malo, siendo estimado por todos, a ser bueno  
10 siendo despreciado. De nosotros, sin embargo, que se aleje  
esa locura de anteponer la falsedad a la verdad. O ¿es que  
vamos a calibrar la calidad de nuestras buenas acciones en  
función de los errores de la gente más que en función de  
nuestra conciencia y del juicio de Dios?, o ¿nos va a con-  
11 quistar a nosotros algún tipo de felicidad que nos haga  
preferir, no la rectitud mezclada con todo tipo de desgra-  
cias, sino la maldad acompañada de todo tipo de prosperi-  
dad? «Que los reyes tengan sus reinos y los ricos sus rique-  
zas», como dice Plauto <sup>63</sup>, pero que los sensatos tengan  
su sensatez: que nos dejen nuestra necedad, la cual está  
claro que es sabiduría, porque a causa de ella nos odian.  
12 Y es que ¿quién odia a un necio sino aquel que es a la  
vez muy necio? Nuestros perseguidores, sin embargo, no  
son necios hasta el extremo de odiarnos como necios, sino  
hasta el extremo de aceptar que nosotros no lo somos, pre-  
cisamente porque nos persiguen con cuidado y premura;  
13 efectivamente, ¿por qué se ensañan tan cruelmente sino  
porque temen que, al crecer nuestra doctrina cada día más,  
ellos sean abandonados juntamente con sus podridos dio-  
ses? Pues, si los adoradores de los dioses son sensatos y  
nosotros necios, ¿por qué temen que los sensatos sean en-  
gañados por los necios?

13 Por otro lado, dado que el número  
de cristianos aumenta constantemente a  
expensas del número de paganos y no dis-  
minuye nunca ni siquiera durante las per-  
secuciones —y ello porque los hombres  
pueden pecar y mancharse con sacrificios,  
pero no pueden apartarse totalmente de Dios: y es que la

*Otros motivos  
apologéticos*

verdad se impone siempre por sí misma—, ¿quién hay  
tan loco que no vea en cuál de las dos partes está la  
sabiduría? Pero ellos están tan ciegos por su maldad y lo- 2  
cura que no ven y piensan que son necios aquellos que  
podían evitar los suplicios y prefieren en cambio ser ator-  
mentados o morir, cuando, precisamente por eso mismo,  
podían ver que no es necedad eso en lo que coinciden,  
con una sola e igual convicción, tantos miles de personas  
a lo largo de todo el mundo. Efectivamente, si en alguna 3  
ocasión apostatan las mujeres por la debilidad de su sexo  
—ellos llaman a veces a esta nuestra religión superstición  
propia de mujeres y viejas—, los varones se mantienen en  
su sensatez; si los niños y adolescentes son insensatos por  
su edad, los adultos y ancianos se mantienen estables en  
su juicio; si una ciudad se vuelve insensata, las demás, in- 4  
numerables, no pueden ser necias; si una provincia o una  
nación pierde su sensatez, todas las demás conservan nece-  
sariamente el discernimiento de la rectitud.

Por otro lado, dado que desde oriente a occidente ha 5  
sido aceptada la ley divina, dado que todo sexo, toda edad,  
pueblo y región sirve a Dios con una única e idéntica dis-  
posición de ánimo, y dado que por todas partes impera  
la misma paciencia y desprecio a la muerte, debían haber  
comprendido que en esta actitud hay algo de razón, por  
cuanto es defendida, no sin causa, hasta la muerte; algo  
de fundamento y solidez, ya que no sólo no debilitan a  
esa religión con sus injurias y vejaciones, sino que se en-  
grandece y afirma constantemente. Y es que la maldad 6  
de ellos sale derrotada incluso en esto: en que creen que  
erradicarían totalmente la religión de Dios si consiguieran  
pervertir a todos los hombres, cuando está precisamente  
permitido arrepentirse ante Dios y no hay ningún fiel tan  
malvado que, si se le da ocasión de congraciarse con su

Dios, no vuelva, incluso con más devoción que antes.  
7 Y es que la conciencia de pecado y el miedo al castigo hacen al hombre más religioso, y la fe recuperada con la  
8 penitencia es siempre mucho más firme: si ellos mismos consideran, pues, que sus dioses, cuando están airados con ellos, pueden sin embargo ser aplacados con dones, sacrificios y perfumes, ¿qué razón hay para que consideren a nuestro Dios tan cruel e implacable que parece que no puede volver a ser ya cristiano aquel que, obligado y en contra de su voluntad, ha sacrificado a sus dioses? A no ser que piensen que, una vez contaminados, va a cambiar su alma, de forma que empiecen a hacer por propia voluntad lo que antes hicieron a causa de los tormentos. ¿Quién va a hacer de buen grado eso que empezó a hacer obligado por la violencia? ¿Quién, al ver las cicatrices de sus costados, no va más bien a odiar a esos dioses, por culpa de los cuales lleva eternas marcas del castigo y señales impresas en sus entrañas? Así sucede que, al conceder Dios el perdón, vuelven los que antes huyeron y se suman nuevos pueblos, atraídos por el prodigio de la virtud; y es que la gente, al ver que personas laceradas por variados tipos de tormentos conservan imperturbables su paciencia en medio de la fatiga de sus verdugos, piensa lo que es la verdad: que esa coincidencia entre tantos y esa perseverancia frente a la muerte no es algo sin sentido, y que ese propio aguante no podría superar tantos tormentos sin la ayuda de Dios. Ladrones y hombres robustos no pueden soportar torturas de este tipo; gritan y lanzan gemidos; ceden, en efecto, al dolor porque les falta la fuerza inspirada por Dios. Sin embargo, nuestros niños y delicadas mujeres, por no hablar de los varones, cansan en silencio a sus torturadores y ni siquiera el fuego puede  
13 sacarles un gemido. ¡Que vengan los romanos y se jacten

de Mucio y Régulo, el segundo de los cuales se entregó a la muerte entre los enemigos porque le daba vergüenza vivir prisionero, y el primero, apresado por los enemigos, al ver que no podía evitar la muerte, puso la mano en el fuego para satisfacer al rival al que había querido matar, recibiendo con este castigo un perdón que no merecía! <sup>64</sup>. Entre nosotros, sin embargo, el sexo débil y la edad  
14 frágil aguantan torturas y quemaduras en todo su cuerpo, no por necesidad, ya que lo pueden evitar si quieren, sino por su propia voluntad, porque confían en Dios. Ésta es  
15 la auténtica virtud, que incluso los filósofos, no con hechos, sino con palabras vacías, proclaman orgullosamente, diciendo que no hay nada tan acorde con la sensatez y fortaleza de ánimo de un sabio como el no poder ser obligado a renunciar a su opinión por ningún tipo de terror, sino que merece la pena ser atormentado y morir con tal de no traicionar la fe, y no apartarse de la obligación ni hacer nada injusto por miedo a la muerte o al crudo dolor. A no ser que piensen por casualidad que Flaco delira en sus  
16 poemas líricos, cuando dice: «Al hombre recto y firme en su propósito no le mueven de su sólida convicción ni el ardor de sus conciudadanos que le ordenan acciones depravadas, ni el rostro del amenazante tirano» <sup>65</sup>. Nada hay más cierto  
17 que esta afirmación si se refiere a aquellos que no rechazan ningún tormento, ningún tipo de muerte, con tal de no apartarse de su fe y rectitud, y a aquellos que no

tiemblan ante las órdenes tiránicas ni ante las espadas de los gobernantes, con tal de defender, con firme convicción, su verdadera y sólida libertad, la cual sólo así puede ser defendida por el sabio. Pues ¿quién hay tan extraordinario, tan encumbrado que me impida levantar los ojos al cielo, que me imponga la necesidad de venerar lo que no quiero o de no adorar lo que quiero? ¿Qué nos quedará, si eso que conviene hacer por propia voluntad nos obliga a hacerlo por la fuerza la voluntad ajena? Nadie conseguirá esto, con tal de que tengamos algo de valor para despreciar la muerte y el dolor. Y si tenemos esa fortaleza, ¿por qué somos considerados necios, cuando hacemos lo que los filósofos proclaman con alabanzas? Con razón, pues, Séneca, al echar en cara a los hombres su incongruencia, dice: «A ellos la fortaleza de ánimo les parece la virtud más grande; y esos mismos tienen por loco al que desprecia la muerte: esto es ciertamente de una perversidad extrema»<sup>66</sup>. Pero los fieles de las vanas religiones reprueban esto con la misma necedad con que no reconocen al verdadero Dios; a éstos los llama la Sibila de Eritrea «kophous» y «anoetous»<sup>67</sup>, es decir, sordos y necios, porque no oyen ni aceptan la enseñanza divina, sino que temen y adoran la arcilla modelada por sus manos.

*Definición  
del concepto  
de «bueno»*

Profundas razones subyacen —y es 14  
que no se engañan sin motivo— bajo las  
causas que explican por qué consideran  
necios a los que son sabios. Debemos explicar con cuidado estas razones, para que  
al fin, si es que ello es posible, conozcan  
sus errores. La bondad, por su propia naturaleza, tiene 2  
una especie de apariencia de necedad, cosa que puedo confirmar con testimonios divinos y humanos. Pero quizás no consiga nada ante ellos si no demuestro, apoyándome en sus propios autores, que nadie puede ser bueno —y la bondad va unida a la verdadera sabiduría— si no da al mismo tiempo la impresión de ser necio. Carnéades, filósofo 3  
de la escuela académica<sup>68</sup>, —cuya fuerza oratoria, elocuencia y agudeza pueden ser intuitas, para quien no le conozca, por lo que dicen Cicerón<sup>69</sup> y Lucilio, en cuya obra Neptuno, al tratar un tema difícil, declara que ese tema no podía ser aclarado «ni aunque el Orco devolviera al propio Carnéades»<sup>70</sup>—, cuando fue enviado por los atenienses como legado a Roma<sup>71</sup>, disertó abundantemente sobre el bien ante Galba y Catón el Censor, los más grandes oradores de entonces. Pero el mismo Carnéades, al día 4  
siguiente, refutó su anterior disertación con otra de sentido contrario y atacó al bien, al que el día antes había ala-

bado, actuando, no con la serenidad de un filósofo, que debe mantener siempre una opinión firme y estable, sino en aras de una especie de ejercicio oratorio consistente en desarrollar el mismo tema desde un doble punto de vista <sup>72</sup>. Esto lo solía hacer con frecuencia, para poder refutar a los demás, dijeran lo que dijeran. La segunda disertación, en la que es atacado el bien, es recordada en una obra de Cicerón <sup>73</sup> por Lucio Furio para introducir, creo, ya que estaba hablando del estado, la defensa y alabanza de aquella virtud sin la cual pensaba que no podía gobernarse el estado. Carnéades, con el fin de poder refutar a Aristóteles y Platón, defensores del bien, recopiló en su primera disertación todo lo que se decía en favor del mismo, para poder después atacarlo, como así lo hizo <sup>74</sup>. Pero es que entonces era muy fácil atacar y derrotar al bien, el cual no tenía todavía raíces, ya que no había realmente en la tierra un bien que permitiera a los filósofos ver en qué consistía o cuál era su esencia. Y ¡ojalá tantos y tan ilustres varones hubieran tenido tanta ciencia como elocuencia y ardor para defender esa gran virtud, cuyas raíces están en la religión y cuyo sentido es la equidad! Pero quienes no conocían ni la religión ni la equidad, no pudieron conocer el bien.

Yo, por mi parte, quiero en primer lugar mostrar con <sup>8</sup> precisión y brevedad la esencia del bien, para que se sepa que los filósofos la desconocían y que no podían defender lo que en absoluto conocían. El bien, aunque comprende <sup>9</sup> todas las demás virtudes, abarca, sin embargo, fundamentalmente dos, que no pueden ser apartadas ni separadas de él: la piedad y la equidad. En efecto, la lealtad, la templanza, la rectitud, la honestidad, la integridad y demás virtudes semejantes pueden, por naturaleza y tradición familiar, existir, como de hecho existieron siempre, en los hombres que desconocen el verdadero bien; los antiguos romanos, en efecto, que solían jactarse de buenos, se jactaban también de esas virtudes que, como he dicho, pueden marchar al margen del bien y separarse de su propio tronco. La <sup>10</sup> piedad y la equidad son, sin embargo, como sus venas, ya que el bien, en su totalidad, consta de estos dos elementos: la cabeza y el origen del bien está en la primera, y toda su fuerza y sentido en la segunda. Ahora bien, la piedad no es otra cosa que el conocimiento de Dios, tal como la definió con exactitud Trismegisto, según he dicho en otro lugar <sup>75</sup>; consiguientemente, si la piedad es el <sup>11</sup> conocimiento de Dios y el sumo conocimiento de Dios consiste en adorarlo, desconoce sin duda el bien quien desconoce la religión de Dios. Y es que ¿cómo puede conocerlo quien ignora su origen?

Platón dijo ciertamente muchas cosas sobre el Dios único, <sup>12</sup> por el cual afirma que fue creado el mundo, pero no dijo nada de la religión: soñó, pues, en Dios, pero no le conoció. Si él o cualquier otro pretendieron llevar a cabo una defensa de la justicia, deberían en primer lugar haber erradicado las religiones de los dioses, ya que éstas son

14 enemigas de la piedad. Y Sócrates, por intentar hacerlo, fue encarcelado, para que desde entonces quedara claro el futuro que esperaba a los hombres que defendieran la verdadera justicia y sirvieran al único Dios.

15 La otra parte del bien es la equidad: llamo equidad, no al juicio recto, que ciertamente es también loable en un hombre bueno, sino al hecho de considerarse a sí mismo igual a los demás, virtud que Cicerón llama «ecuabilidad»<sup>76</sup>. En efecto, Dios, que crea e inspira a los hombres, quiso que todos fueran iguales, es decir, parejos, dio a todos las mismas condiciones de vida, creó a todos para la sabiduría, prometió a todos la inmortalidad: nadie está  
16 excluido de los beneficios celestiales. Y es que, de la misma forma que reparte por igual su única luz para todos, que hace manar sus fuentes para todos, que suministra alimento, que proporciona el dulce descanso del sueño, así también concede a todos con largueza la equidad y la virtud. Para él no hay siervos ni dueños, ya que, si es igual de padre para todos, todos somos hijos con el mismo derecho.  
18 Para Dios no hay otros pobres que los que carecen del bien, ni otros ricos que los que están llenos de virtudes, ni otros nobles que los buenos e inocentes, ni otros ilustres que los que hacen con generosidad obras de misericordia, ni otros perfectos que quienes han recorrido todos los pel-  
19 daños de la virtud. Por ello, no pudieron ser buenos ni los griegos ni los romanos, ya que aceptaron diferencias entre los hombres estableciendo múltiples escalas: desde pobres a ricos, desde humildes a poderosos, desde particu-  
20 res hasta los más altos poderes reales. Y donde no son todos iguales, no hay equidad, y la propia desigualdad excluye el bien, cuyo sentido consiste totalmente en hacer

iguales a todos los que han venido a esta vida con igual suerte.

*Los buenos  
no gozan de  
riquezas  
y honores  
en este mundo*

Así pues, si se eliminan esas dos fuentes del bien, desaparece toda virtud y toda verdad y el propio bien vuelve al cielo. Por ello, el bien que encontraron los filósofos no es un auténtico bien, porque desconocían su origen y objetivo: esto sólo ha sido revelado a nuestro pueblo.

Alguien dirá: «¿No hay entre vosotros pobres, ricos, siervos y señores? ¿Acaso no hay diferencia entre cada uno de ellos?» Ninguna: la única causa por la que nos damos mutuamente el nombre de hermanos es porque creemos que somos iguales, ya que, como medimos todas las cosas humanas no con el cuerpo sino con el espíritu, a pesar de que la condición material sea distinta, no tenemos, sin embargo, siervos, sino que a éstos los consideramos y llamamos hermanos en el espíritu, consiervos en la religión. Además, las riquezas no hacen más ilustres a los hombres sino en la medida en que pueden hacerlos más dignos por buenas obras; son, en efecto, ricos no porque tengan riquezas, sino porque las utilizan para obras de justicia; en cuanto a los que son aparentemente pobres, son en realidad ricos, porque no necesitan ni desean nada.

Así pues, si bien somos iguales los libres a los esclavos y los ricos a los pobres en la sencillez del alma, sin embargo, ante Dios, nos diferenciamos por la virtud: cada uno es tanto más sublime cuanto más bueno. Y es que el bien consiste en hacerse igual a los que están debajo, aunque ya se sobresale por el propio hecho de igualarse con los que están debajo; sin embargo, si uno se comporta, no como un igual, sino incluso como inferior, conseguirá ciertamente, ante el juicio de Dios, una dignidad más alta. Y ello

porque en la vida en esta tierra, al ser todo breve y caduco, los hombres se ponen unos delante de los otros y rivalizan por los honores, lo cual es lo más arrogante y más lejano de la razón del sentido común que hay: y es que todo lo terreno es lo contrario a las cosas del cielo.

8 Efectivamente, de la misma forma que «la sabiduría humana es necedad suma para Dios»<sup>77</sup> y la necedad, como dije<sup>78</sup>, es para él sabiduría suma, así para Dios es humilde y sencillo el que aparece como sobresaliente y alto en la

9 tierra. Y es que —por no decir que estos bienes terrenales, a los que se da una gran importancia, son contrarios a la virtud y debilitan la fuerza de la mente— ¿qué nobleza, qué riquezas, qué poder puede ser firme, si Dios puede convertir en más insignificantes que los más insignificantes incluso a los propios reyes? Y por eso Dios, entre sus divinos preceptos, nos dio principalmente éste: «quien se ensalza será humillado y quien se humilla será ensalzado»<sup>79</sup>.

10 Este saludable precepto enseña que quien se hace sencillo ante los hombres y se muestra humilde, será tenido ante Dios como excelente e insigne. No es, pues, falsa la idea que encontramos en Eurípides con estas palabras: «Lo que en la tierra es tenido por malo, en el cielo es bueno»<sup>80</sup>.

*Definición  
del bien  
de Carnéades*

He expuesto la causa por la cual los 16 filósofos no pudieron encontrar ni defender el bien. Ahora vuelvo al tema que inicié más arriba<sup>81</sup>.

Carnéades, pues, al ver que las afir- 2 maciones de los filósofos no tenían fundamento, se atrevió a refutarlas, porque comprendió que podían ser refutadas. El resumen de su disertación es éste: «Que los hombres 3 habían establecido las leyes en función del criterio de la utilidad, es decir, que las leyes cambian según las costumbres y que se transforman constantemente entre ellos en función de las circunstancias, no existiendo ningún derecho natural; que todos los hombres y demás seres animados se mueven, en función de su interés, guiados por la naturaleza; consiguientemente, que no existe justicia alguna y que, si existe, consiste en la mayor necedad, ya que, al preocuparse por el bienestar de los demás, los justos se perjudican a sí mismos»<sup>82</sup>. Y daba estos argumen- 4 tos: «Todos los pueblos que llegan al máximo de poderío, y, entre ellos, los romanos, que se han apoderado de todo el mundo, si quieren ser justos, es decir, si devuelven lo que es de otros, tendrán necesariamente que volver a sus chozas y vivir en la indigencia y miseria»<sup>83</sup>. Después, de- 5 jando a un lado las situaciones generales, pasa a situaciones particulares con estas palabras: «Si un hombre honesto tiene un siervo fugitivo o una casa insalubre e insana, y decide venderlos, ¿declarará, siendo él el único que lo sabe, que pone en venta a un siervo fugitivo o una casa insana? ¿O engañará más bien al comprador? Si lo declara, 6

es ciertamente un hombre honesto, porque no engaña, pero será sin duda considerado como un necio, porque vende a poco precio o ni siquiera vende; si lo oculta, será sin duda listo, porque mira por su hacienda, pero también malvado, porque engaña. Por el contrario, si encuentra a alguien que cree que está vendiendo oropel, cuando en realidad es oro, o que está vendiendo plomo, cuando en realidad es plata, ¿se callará, para comprarlo a menos precio, o se lo indicará, para comprarlo más caro? Sin duda dará la impresión de ser un necio si prefiere comprarlo caro»<sup>84</sup>.

8 Con estas palabras quería dar a entender que aquel que es justo y bueno es necio, y que aquel que es listo es malvado y que, a pesar de todo, puede suceder que haya hombres sin malicia que vivan contentos con su pobreza.

9 Y pasaba después a casos más graves, en los cuales nadie puede ser bueno sin peligro de su vida, con estas palabras: «El ser bueno consiste en no matar a nadie y en no tocar

10 lo ajeno. ¿Qué hará un hombre bueno si se encuentra casualmente en un naufragio y alguien, más débil que él, está agarrado a una tabla? ¿No va a echar de la tabla a ése, para subirse él mismo y salvarse con la ayuda de ella, máxime cuando no hay ningún testigo en medio del mar? Si es listo, lo hará, ya que, si no lo hace, morirá; pero, si prefiere morir antes que atacar al otro, será sin duda bueno, pero también necio, ya que no mira por su vida

11 y sí por la ajena. Otro ejemplo: si, tras ser deshecho un ejército, los enemigos empiezan a perseguir a un hombre bueno, y éste alcanza a alguien, ya herido, que va a caballo, ¿le dejará, para terminar muriendo él mismo, o le arrojará del caballo, para poder huir él del enemigo? Si hace

esto último, será listo, pero también malvado; si no lo hace, será justo, pero también necesariamente necio».

De esta forma, pues, Carnéades dividió el bien en dos partes, llamando a una «civil» y a otra «natural», y destrozó ambas, ya que la civil es sin duda agudeza, pero no bondad, y la natural es ciertamente bondad, pero no agudeza. Estos argumentos de Carnéades son sin duda agudos y mordaces, hasta el punto de que Marco Tulio no pudo refutarlos. Efectivamente, si bien Cicerón presenta a Lelio respondiendo a Furio como defensor del bien en este punto, sin embargo deja estos argumentos sin refutar, como si se tratase de una fosa, dando así la impresión de que Lelio defiende, no el bien natural, que había llegado a ser acusado de necedad, sino el civil, del cual había dicho Furio que era sabiduría, aunque injusta<sup>85</sup>.

En lo que se refiere a la discusión que tenemos entre manos, he demostrado cómo el bien tiene apariencia de necedad, para que quede claro que no sin razón se engañan aquellos que piensan que los hombres de nuestra religión son necios, ya que parecen hacer las cosas que Carnéades ha expuesto.

Ahora me doy cuenta de que se me exige más: demostrar por qué Dios ha querido sustraer a los ojos de los hombres el bien, envolviéndolo en una especie de apariencia de estolidez, y responder así por primera vez a Furio, ya que Lelio no pudo responderle plenamente. Y es que Lelio, si bien era un sabio, tal como se le llamaba, no pudo, sin embargo, defender la auténtica justicia porque desconocía el origen y la fuente de la misma. A nosotros, sin embargo, nos es muy fácil esta defensa, ya que el bien

nos es familiar y totalmente conocido gracias al favor divino, y que lo conocemos, no en su nombre, sino en su esencia. Platón y Aristóteles, con muy digna buena voluntad ciertamente, desearon defender la justicia y hubieran conseguido algo si sus loables intentos, su elocuencia y considerable inteligencia hubiesen ido acompañadas de un conocimiento de las cosas divinas. Pero su obra quedó sin sentido y sin utilidad, y ellos no pudieron convencer a nadie de que viviera según sus normas, porque su doctrina no tenía una base celestial. Nuestra doctrina, sin embargo, tiene necesariamente una base más segura, porque tenemos como maestro a Dios. Ellos describían el bien sin palabras y lo imaginaban sin tenerlo delante y no podían demostrar sus afirmaciones con ejemplos manifiestos; se les podía responder, en efecto, por parte de sus oyentes, que no se podía vivir de la forma que ellos prescribían en sus disertaciones, y tanto menos cuanto nadie hasta entonces había vivido con este tipo de vida. Nosotros, sin embargo, demostramos que son verdaderas las cosas que decimos no sólo con palabras, sino con ejemplos reales.

Así pues, Carnéades comprendió la naturaleza del bien, con la salvedad de que profundizó poco en ella, (al decir que el bien es necesidad); aunque me parece que entiendo con qué intención lo hizo. Efectivamente, en realidad él no mantiene que sea necio el que es bueno, sino que, como sabía que realmente no lo era, pero no comprendía la razón por la que lo parecía, pretendió demostrar que la verdad está escondida en lo profundo, para salvar así el principio de su doctrina, cuya proposición fundamental es ésta: que nada puede comprenderse claramente. Veamos, pues, si el bien puede tener algún parentesco con la necesidad; «el justo», dice, «si no quita el caballo al herido o

la tabla al náufrago para salvar su vida, es un necio»<sup>86</sup>. En primer lugar, niego que pueda suceder en forma alguna que a un hombre, que sea verdaderamente justo, le ocurra un caso parecido, porque el hombre bueno no es enemigo de nadie, ni desea en absoluto lo ajeno. ¿Por qué se va a echar a la mar o qué va a buscar en tierra ajena, si tiene suficiente en la suya? ¿Por qué va a tener que luchar y participar de las locuras de los otros aquel en cuya alma reina una paz constante para con los hombres? ¿Se va a deleitar con riquezas extranjeras y con la muerte humana aquel que no sabe apetecer el lucro, sino que se contenta con lo suficiente para su vida, y que no sólo no comete homicidio, sino que considera impío estar presente o contemplar a los que lo cometen? Pero dejo ya a un lado este supuesto, porque puede suceder que se vea obligado a afrontar situaciones incluso en contra de su voluntad. ¿Hasta tal punto, Furio, o mejor, Carnéades —ya que tuyo es todo aquel discurso—, piensas que el bien es vano, superfluo y desgraciado ante Dios, que no puede nada ni tiene nada en sí mismo que sea capaz de salvaguardarlo? Pero, ciertamente, quienes desconocen el misterio del hombre y reducen por ello todas las cosas a esta vida terrenal no pueden saber cuál es la fuerza del bien. Efectivamente, incluso cuando tratan de la virtud, aunque saben que está sujeta a todo tipo de desgracias y miserias, sin embargo, afirman que es deseable por sí misma: pero no ven de ninguna forma sus premios, que son eternos e inmortales. De esta forma, al reducir todas las cosas a esta vida presente, reducen la virtud totalmente a la necesidad, ya que la virtud acepta vana e inútilmente los enormes trabajos de esta vida.

17 Pero de eso hablaremos en otro lugar <sup>87</sup>; hasta tanto, hablemos del bien, que es lo que he empezado a hacer. La fuerza del bien es tal que, cuando levanta los ojos al  
18 cielo, consigue de Dios todo. Con razón dijo, pues, Flaco que es tal la fuerza de la integridad de vida que, para su defensa, el hombre bueno no necesita de armas ni de fuerzas, vaya a donde vaya: «El íntegro de vida, Fusco, y el limpio de crimen no necesita dardos moros, ni arco, ni carcaj preñado de envenenadas flechas, ya camine por las Sirtes espumosas, ya por el inhóspito Cáucaso, ya por los  
19 lugares que lame el mítico Hidaspes» <sup>88</sup>. No puede, pues, suceder que un hombre justo no sea protegido por la tutela del cielo en medio del peligro de las tempestades y guerras, ni que esa tutela, en el caso de que el justo navegue en compañía de parricidas y malhechores, no perdone a todos los malvados para salvar sólo la vida del justo e inocente, o, al menos, no conserve sólo la de él, aun pereciendo  
20 todos los demás. Pero concedamos que puede suceder lo que propone el filósofo: ¿qué hará un hombre bueno si alcanza a un herido en un caballo o a un náufrago en una tabla? Lo confieso sin ningún reparo: morirá antes que  
21 matar. Y no por ello, sin embargo, el bien, que es una cualidad propia del hombre, recibirá el nombre de necesidad. Pues ¿qué mejor, qué más precioso para el hombre que la ausencia de culpa? Y esa inocencia será necesariamente tanto más perfecta cuanto más la lleve hasta el extremo de preferir morir, con tal de que ella permanezca  
22 intacta en su esencia. «Necedad es», dice Carnéades, «perdonar la vida de otro a cambio de perder la propia» <sup>89</sup>.

¿También considerarás necio morir por un amigo? ¿Por qué entonces alabáis a aquellos seguidores de Pitágoras, de los cuales uno se entregó al tirano a cambio del otro poniendo como aval su propia vida, y el otro, al llegar el día fijado, cuando ya su garante era conducido al suplicio, se presentó, salvando la vida del primero? <sup>90</sup>. El valor de éstos no hubiese sido tenido en tan gran honor, a pesar de haber estado dispuestos el uno a morir por el amigo y el otro por la palabra dada, si su acción hubiera sido considerada necia. En definitiva, el tirano <sup>91</sup>, como pago <sup>23</sup> a su valor, les premió dejando a ambos con vida: incluso el propio tirano cambió su cruel forma de ser. Es más, se dice que rogó a ambos que le aceptaran como un tercer amigo, y esto lo hizo, no porque fueran necios, sino porque eran varones buenos y sabios. Así pues, no veo por <sup>24</sup> qué, si se considera muy honroso morir por un amigo y por la palabra dada, no va a ser también honroso para el hombre morir por no pecar. Consiguientemente, son mucho más necios quienes nos acusan por querer morir por Dios, cuando ellos mismos ensalzan hasta el cielo con grandes alabanzas a quien quiso morir por un hombre.

Finalmente, para terminar mi demostración, diré que <sup>25</sup> el propio sentido común demuestra que una misma persona no puede ser al mismo tiempo bueno y necio, sabio y malo. Y es que quien es necio, desconoce qué es lo justo y lo bueno, y por ello cae continuamente en error. Es llevado, en efecto, como un cautivo por sus vicios y no puede resistir, porque carece de una virtud que desconoce. El justo, sin embargo, se abstiene de todo error: no puede <sup>26</sup>

actuar de otra forma, por cuanto posee la noción del bien y del mal. Y ¿quién puede distinguir el bien del mal sino el sabio? De esta forma sucede que nunca puede ocurrir que sea bueno quien es necio, ni sabio quien es malo.

27 Y si no cabe duda alguna en torno a esta afirmación, está claro que el que no quita su tabla al naufrago ni su caballo al herido no es necio, porque hacer esas cosas es

28 un pecado del que se abstiene el sabio. Admito, sin embargo, que pueda parecer necio a causa del error de los hombres que ignoran la naturaleza de cada una de las cosas.

Así pues, toda esta cuestión se resuelve no tanto con

29 argumentos como con una definición: necedad es el error en acciones y palabras como consecuencia del desconocimiento de lo que es recto y bueno. Luego no es necio quien no mira por sí mismo, con tal de no dañar al prójimo, porque esto último es malo. Y esto nos lo prescribe el sentido común y la propia verdad: efectivamente, vemos que

30 todos los animales, que carecen de inteligencia, tienen una naturaleza que es guía de sí misma; atacan a los demás en beneficio propio, ya que no saben que hacer daño es

31 malo. El hombre, sin embargo, puesto que conoce el bien y el mal, se abstiene de dañar incluso con perjuicio propio, cosa que no puede hacer el animal irracional; y, por ello, entre las más grandes virtudes del hombre se encuentra la inocencia. Por todo ello está claro que el más sabio es aquel que prefiriere morir antes que hacer daño, con tal de conservar la naturaleza que le diferencia de los animales.

32 Y es que quien no advierte al vendedor de su error, para comprar así oro más barato, o quien no declara, mirando sólo por su lucro e interés, que está poniendo en venta un esclavo huido o una casa insana, no es sabio, como

33 pretendía Carnéades, sino mañoso y astuto; también los animales tienen maña y astucia, ya cuando acechan a otros

y los apresan con engaño para devorarlos, ya cuando escapan de las asechanzas de otros de otra especie; pero la sabiduría es propia sólo del hombre. La sabiduría es, en efecto, o bien la facultad de discernir para hacer lo bueno y recto o para abstenerse de palabras y hechos malos. El sabio, además, nunca se preocupa de las ganancias, porque desprecia estos bienes terrenales, ni permite que nadie sea engañado, porque es obligación del hombre bueno corregir los errores de los demás y llevarlos al buen camino, ya que el hombre es por naturaleza social y benéfico, cualidades solas que le permiten tener parentesco con Dios.

Pero es el hecho de que se piense que 18  
la muerte aniquila al hombre la causa de  
que parezca necio aquel que prefiere es-  
tar en la indigencia y morir antes que ha-  
cer daño o quitar algo a alguien. En este  
convencimiento tienen origen todos los errores, no sólo del pueblo, sino también de los filósofos. Efectivamente, si 2  
tras la muerte no somos nada, es sin duda propio de un hombre muy necio el no preocuparse de que esta vida sea lo más larga posible y esté llena de todo tipo de comodidades. Y quien hace esto, necesariamente se apartará de las 3  
reglas del bien. Pero si al hombre le espera una vida mejor y más larga, cosa que hemos aprendido de los argumentos de importantes filósofos, de la respuesta de los inspirados y de las divinas palabras de los profetas, es propio del hombre sabio despreciar esta vida, juntamente con sus bienes, desprecio que es totalmente compensado con la inmortalidad. En la obra de Cicerón, el citado defensor de la justicia, Lelio, dice: «La virtud busca honor y no tiene ninguna otra recompensa»<sup>92</sup>. Hay en verdad recompensa y cierta-

*La verdadera  
recompensa  
del bueno  
está en la  
otra vida*

mente muy digna de la virtud, recompensa que tú, Lelio, no podías nunca sospechar, porque desconocías los escritos de Dios. Y sigue diciendo Lelio: «La virtud consigue fácilmente recompensa, sin reclamarla con crudeza». Te equivocas profundamente si piensas que es el hombre el que puede pagar la recompensa a la virtud, cuando tú mismo has dicho con razón en otro lugar: «¿Qué riquezas ofrecerás tú a este hombre? ¿Qué poderes? ¿Qué reinos? Quien considera estos bienes como humanos, juzga los suyos propios como divinos». Pues bien, ¿quién te va a considerar, Lelio, sabio, cuando tú mismo dices cosas contradictorias y le quitas a la virtud lo que poco antes le diste? Sin duda que la ignorancia de la verdad provoca en ti opiniones inseguras y débiles. Y después, ¿qué añades?: «Y aunque toda la gente ingrata, o los muchos envidiosos que hay, o los enemigos poderosos quiten a la virtud su recompensa» —¡ay!, ¡qué virtud tan frágil y vana propusiste, que puede ser despojada de su recompensa! Si ésta «considera sus bienes como divinos», tal como decías, ¿quién puede haber tan ingrato, tan envidioso, tan poderoso, que pueda despojar a la virtud de unos bienes que le han sido dados desde el cielo?—; «ciertamente», continúa diciendo, «ella se conforma con sus encantos y se sustenta sobre todo en su honra». ¿Qué encantos?, ¿qué honra? Pero si es que llega con frecuencia a cometer crímenes y su honra se convierte en castigo. Pues ¿qué sucederá si, como decía Furio, «el bueno es cogido, vejado, aniquilado y reducido a la indigencia, o se le cortan las manos, se le sacan los ojos, se le condena, encarcela, quema, e incluso se le ejecuta de forma vergonzosa? ¿Acaso perderá la virtud su recompensa o más bien desaparecerá ella misma? En absoluto; recibirá más bien por el juicio de Dios su premio y vivirá y tendrá siempre fuerza. Si le quitas esto, nada

más inútil ni más absurdo puede haber en la vida de los hombres que la virtud, cuya natural rectitud y honestidad puede demostrar, por otro lado, que el alma es inmortal y que para ella ha establecido Dios un premio. Pero Dios quiso que la propia virtud estuviese cubierta por una apariencia de necedad, para mantener en secreto el misterio de su verdad y religión, para poner en evidencia la vanidad y el error de estas religiones y sabiduría mundanas, que se ponen a sí mismas en un lugar muy alto y que están orgullosas de sí mismas, y, por fin, para que, tras introducir algunas dificultades, hubiera un estrecho sendero que llevara al sublime premio de la inmortalidad.

He demostrado, pienso, por qué nuestro pueblo es tenido como necio entre los necios. Efectivamente, preferir ser atormentado y matado antes que tomar incienso con tres dedos y arrojarlo al fuego<sup>93</sup>, parece tan absurdo como preocuparse de la vida ajena más que de la propia en peligro de muerte. Y es que se ignora cuán impío es adorar a algo que no sea Dios, que fue quien hizo el cielo y la tierra, quien modeló, dio vida y concedió luz al género humano. Si es tenido como malvado el esclavo que abandona a su dueño, siendo considerado digno de azotes, cadenas, reclusión, cruz y de todo tipo de castigo, y si un hijo es igualmente considerado como degenerado e impío por abandonar a su padre y no obedecerle, siendo por ello considerado digno de ser desheredado y de que su nombre sea borrado para siempre de la familia, ¿cuánto más lo será quien abandona a Dios, en el cual confluyen los dos conceptos, igualmente venerables, de señor y padre? Efectivamente, quien compra un esclavo, ¿qué otra cosa le da sino el alimento?; y esto incluso lo hace en beneficio pro-

pio. Y quien engendra a un hijo, no tiene en sus manos el concebirlo, el hacerle nacer y el hacerle vivir: de ahí se deduce que el que engendra no es padre, sino sólo instrumento de la generación. Consiguientemente, ¿qué otros suplicios merece quien abandona a su auténtico señor y padre sino los que el propio Dios ha establecido disponiendo un fuego eterno para las almas impías, amenaza que él mismo anuncia a través de sus profetas para los malvados y rebeldes?

19 *Que los paganos defiendan su doctrina con argumentos y razones y no con la fuerza* Que sepan, pues, los asesinos de sus almas y de las almas ajenas cuán imperdonable delito cometen: primero, porque se arruinan a sí mismos siendo esclavos de degenerados demonios, a los que Dios condenó a castigo eterno; después, porque no permiten a otros adorar a Dios, sino que intentan llevar a los hombres a sus mortíferos ritos y se esfuerzan con gran cuidado para que no haya en la tierra ninguna alma limpia que mire, manteniéndose pura, hacia el cielo. ¿Qué otra cosa les llamaré sino desgraciados, ya que obedecen a los instigadores de sus depredadores, de los cuales piensan que son dioses? Y de éstos no conocen ni su condición, ni su origen, ni sus nombres, ni su naturaleza, sino que, adhiriéndose a la creencia común, se equivocan y alimentan su propia necesidad. Y si les preguntas las razones de su convencimiento, no te podrán dar ninguna, sino que recurrirán a las opiniones de sus antepasados, diciendo que ellos fueron los sabios, que ellos lo habían aceptado así, y que ellos sabían qué era lo mejor; y así, dando crédito a los errores de otros, castran su propia inteligencia y renuncian al uso de la razón. Enredados así en la ignorancia de todo, ni se conocen a sí mismos, ni conocen a sus dioses. Y ¡ojalá que se conten-

taran con equivocarse ellos solos, con ser necios ellos solos! Arrastran a otros al reparto de su maldad, como si se confortaran con la perdición de los demás. Pero su propia ignorancia hace que sean tan perversos en la persecución de los que saben y que finjan que están mirando por éstos y que quieren traerlos a buenas razones. Pues bien, ¿procuran hacer esto recurriendo al diálogo o a buenas razones? En absoluto; lo hacen más bien con violencia y torturas. ¡Oh extraña y ciega demencia! ¡Se piensa que están mal de la cabeza quienes intentan conservar su fe y que están bien los verdugos! ¿Dónde está la mala cabeza? ¿En aquellos que son torturados en contra de la dignidad humana y en contra de todo derecho, o más bien en aquellos que hacen en los cuerpos de inocentes lo que no hicieron en ningún momento ni la crueldad de los ladrones, ni la ira de los enemigos, ni la brutalidad de los bárbaros? ¿Hasta tal punto se mienten a sí mismos que transfieren y cambian entre sí los nombres del bien y del mal? ¿Por qué entonces no llaman día a la noche y sol a las tinieblas? La misma desvergüenza es dar a los buenos el nombre de malos, a los sabios el de necios, a los justos el de impíos. De lo contrario, si tienen alguna confianza en su filosofía o en su elocuencia, que preparen sus argumentos, refuten los nuestros, si pueden, vengan a discutir cara a cara con nosotros y rebatan uno por uno los argumentos. Les conviene tomar la defensa de sus dioses para que, si nuestra postura resulta vencedora —y se está fortaleciendo de día en día—, no se vean aquéllos abandonados juntamente con sus templos y bagatelas. Y puesto que no consiguen nada con la fuerza —la religión de Dios aumenta en efecto tanto más cuanto más se la persigue—, que lo consigan al menos con la palabra y los consejos. Que salgan a la palestra los pontífices, tanto los mínimos como los máximos, los

flámenes y augures, y también los que presiden los sacrificios y quienes sean sacerdotes o ministros de las religiones; que nos convoquen a una reunión; que nos exhorten a acatar los cultos a los dioses; que nos convenzan de que son muchos los que con su dignidad y providencia rigen todo; que nos muestren los orígenes y comienzos de sus ritos y dioses y cómo han llegado al conocimiento de los hombres; que nos aclaren su fundamento y esencia; que nos digan qué recompensas trae su culto, qué castigo acarrea su desprecio, por qué quieren ser adorados por los hombres, de qué les sirve, si son bienaventurados, la piedad humana; y que todo esto lo demuestren, no con afirmaciones suyas —ya que la autoridad del hombre mortal no vale nada—, sino con algunos testimonios divinos, como hacemos nosotros. No es una cuestión de fuerza e insultos, porque la religión no puede ser impuesta por la fuerza; el asunto debe tratarse más con palabras que con azotes, para que haya asentimiento. Que afilen la punta de sus inteligencias; si sus razones son verdaderas, que se diga. Estamos dispuestos a escuchar, si nos enseñan: si se callan, no les creemos, de la misma forma que no cedemos cuando se ensañan con nosotros. Que nos imiten a nosotros, exponiendo las razones de toda su causa: nosotros, en efecto, no enredamos a los demás, como ellos nos objetan, sino que enseñamos, demostramos, aclaramos. Como consecuencia, nosotros no retenemos a nadie en contra de su voluntad —a Dios no le sirve el que carece de devoción y fe—; y, sin embargo, nadie se retira una vez que queda atado por la propia verdad. Que enseñen ellos de la misma forma, si es que tienen alguna confianza en su verdad; que hablen, que abran la boca, que se atrevan, insisto, a discutir con nosotros algunos argumentos al respecto: inmediatamente sus errores y necedades serán objeto de burla

por parte de las viejas a las que ellos desprecian y por parte de nuestros niños. Y es que, dado que son muy cultos, dado que conocen por los libros la genealogía, hazañas, reinos, muertes y lugares de entierro de sus dioses, y que saben que los propios ritos en los que se inician han surgido ya por hazañas de hombres, ya por casualidad, ya incluso por la muerte de alguien, es una demencia increíble considerar como dioses a aquellos de los que no se atreven a negar que fueron hombres; y si son tan desvergonzados que se atreven a negarlo, sus propios escritos y los de los suyos les acusarán, y, en último término, los propios comienzos de sus ritos sagrados les convencerán del error. Sepan, pues, cuánta diferencia hay entre lo verdadero y lo falso, y que lo sepan por esto: porque ellos, que son elocuentes, no pueden convencer, mientras que gentes incultas y rudas sí pueden; y es que son la propia causa y la propia verdad las que hablan. Entonces, ¿por qué se ensañan con nosotros? Para aumentar su estolidez cuando quieren disminuirla. Son cosas muy distintas la tortura y la piedad, y la verdad no puede ir unida a la fuerza, ni la justicia a la crueldad. Pero con razón no se atreven a enseñar nada de sus cosas divinas, para no ser objeto de burla por parte nuestra, ni de abandono por parte de los suyos. Efectivamente, el pueblo, que tiene una forma de pensar sencilla, pero invariable, en cuanto que sepa que sus ritos se establecieron en recuerdo de muertos, casi con toda seguridad los condenará y buscará como objeto de adoración otra cosa más segura. De ahí que ellos, astutos, impusieran «un fiel silencio en torno a los ritos»<sup>94</sup>, para que el pueblo no sepa qué es lo que adora. Sin embargo, cuando nosotros hemos penetrado en el conocimiento de su doctrina,

¿por qué no nos creen, ya que conocemos la suya y la nuestra, o por qué nos persiguen por preferir lo verdadero a lo falso? «Pero hay que defender», dicen, «la religión aceptada oficialmente». ¡Oh! ¡Con cuán honrosa buena voluntad se equivocan estos desgraciados! Son conscientes, en efecto, de que entre las cosas humanas no hay nada más importante que la religión, y de que hay que defenderla con todas las fuerzas, pero se equivocan tanto en la elección de la propia religión como en la defensa de la misma. La religión debe ser defendida, no matando, sino muriendo; no con sevicia, sino con paciencia; no con maldad, sino con fe: lo primero es propio de malvados, lo segundo de buenos; y en la religión debe estar lo bueno y no lo malo. Efectivamente, si se pretende defender la religión con sangre, con tormentos, con maldad, no se la defiende, sino que se la mancha y profana. No hay nada más voluntario que la religión, la cual, si el alma del oferente está ausente, desaparece y queda en nada. Es, pues, recta la opinión de que la religión se debe defender con paciencia y con la muerte; de esta forma, se conserva la fe, se es grato al propio Dios y se aumenta la autoridad de la religión. En efecto, si aquel que en un ejército de estos humanos se mantiene fiel a su rey en situaciones difíciles es aceptado y querido, si conserva la vida, y, si muere, consigue la gloria por haber defendido a su jefe, ¿con cuánta mayor razón se debe ser fiel a Dios, emperador de todos, que puede dar premio por sus virtudes no sólo a los vivos, sino también a los muertos? Así pues, el culto a Dios, puesto que es propio de la milicia celestial, exige una devoción y fe máximas, ya que ¿cómo va a querer Dios a sus fieles si no es amado él por ellos, o cómo va a conceder al que le ruega lo que le pide, si éste no se acerca a la oración de corazón y con reverencia? Ellos, sin em-

bargo, cuando se acercan al sacrificio, no ofrecen a sus dioses nada íntimo, nada propio, ni integridad de mente, ni reverencia, ni temor; tras hacer unos sacrificios vanos, dejan en el templo y con el templo toda su religión tal como la habían encontrado y, de ella, no se llevan consigo ninguna ayuda ni recompensa. De ahí se sigue que las religiones de este tipo no pueden hacer hombres buenos, ni ser firmes e inmutables, y, consiguientemente, los hombres son fácilmente apartados de ellas, ya que allí no se aprende nada referente a la vida, ni a la sabiduría, ni a la fe. ¿En qué consiste entonces la superstición de aquellos dioses? ¿Cuál es su fuerza? ¿Cuál su disciplina? ¿Cuál su origen? ¿Cuál su naturaleza? ¿Cuál su fundamento? ¿Cuál su sustancia? ¿A dónde tiende o qué promete, para que los hombres puedan observarla fielmente y defenderla con fortaleza? En esa religión sólo veo un rito en el que los únicos afectados son los dedos. Nuestra religión, en cambio, es firme, sólida e inmutable, porque enseña la justicia, porque está siempre con nosotros, porque está en su totalidad en el alma del fiel, porque convierte su propia observancia en una ofrenda. En la de ellos sólo se exige sangre de animales, perfumes y vanas libaciones; en la nuestra se exige mente sana, corazón puro, vida limpia de culpa; a aquélla se acercan indiscriminadamente adúlteras impúdicas, procaces alcahuetas, obscenas meretrices, se acercan gladiadores, bandidos, ladrones, envenenadores, y no piden otra cosa que la impunidad de sus crímenes; pues ¿qué va a pedir un bandido o un gladiador en sus sacrificios sino poder matar? ¿Qué un envenenador sino poder engañar? ¿Qué una meretriz sino pecar mucho? ¿Qué una adúltera sino la muerte de su marido o el secreto para su desvergüenza? ¿Qué una alcahueta sino despojar a muchos de sus bienes? ¿Qué un ladrón sino robar lo más posible? 32

En la nuestra, sin embargo, no hay lugar para el pecado más leve y común, y si alguien se acerca al sacrificio con la mente no totalmente limpia, oye la amenazante voz de Dios, que ve los entresijos del corazón, que es implacable enemigo del pecado, que exige justicia y que reclama fidelidad. ¿Qué lugar hay en ésta para un pensamiento malo  
33 o para una plegaria malintencionada? Aquellos desgraciados, en cambio, no comprenden por culpa de sus crímenes la perversidad del culto que practican, ya que, manchados con suciedades de todo tipo, se acercan a la oración; y piensan que para hacer un sacrificio piadoso basta con lavarse las manos, como si hubiera ríos que borrarán o mares que lavaran las pasiones encerradas en el corazón.  
34 ¡Cuánto mejor es lavar el alma, ensuciada por los malos placeres, y desechar todos los vicios sólo con el lavado de la virtud y de la fe! Quien hace esto, por muy manchado y sucio que tenga el cuerpo, es suficientemente puro.

20 Ellos, en cambio, puesto que no saben cuál es el objeto y la forma de culto, caen, ciegos e imprudentes, en lo contrario de lo que deben. Adoran, en efecto, a sus enemigos, aplacan con víctimas a los que roban y matan, y colocan sus propias almas en abominables altares para quemarlas juntamente con el incienso.  
2 Y encima, se irritan los desgraciados porque no perecen otros con ellos, en una increíble ceguera mental. Y es que ¿qué van a ver los que no ven el sol? Como si, en caso de que existieran los dioses, necesitaran la ayuda de los hombres contra sus desdeñadores. ¿Por qué entonces se irritan con nosotros, si son aquéllos los que no pueden nada? Y ello sin tener en cuenta que ellos mismos destruyen a sus dioses, porque desconfían de ellos, y son más  
3 impíos que los que no los adoran en absoluto. Cicerón,

*El culto  
a los  
dioses paganos  
es absurdo*

en su tratado *Sobre las leyes*, al recordar que «los fieles se deben acercar a los sacrificios con pureza», añade: «manifiesten piedad y rechacen las riquezas. Quien lo haga de otra forma, tendrá a Dios como vengador»<sup>95</sup>. Y esto es 4 cierto, ya que no es piadoso desconfiar de Dios, al que precisamente se adora porque es poderoso. Efectivamente, ¿cómo va a poder un Dios vengar las injurias hechas a sus fieles si no puede vengar las suyas? Es lícito, pues, pre- 5 guntarse a quién piensan ellos que están ayudando cuando obligan a hacer sacrificios a los que no quieren hacerlos. ¿A aquellos a los que obligan? No es un beneficio lo que se obliga a hacer a alguien en contra de su voluntad. Por otro lado, hay que preocuparse también por los que 6 se oponen, cuando éstos no saben en qué consiste el bien. ¿Por qué entonces, si lo que quieren es salvarlos, los vejan, torturan y aniquilan tan cruelmente? ¿Qué piedad hay más impía que perder o inutilizar de forma penosa a aque- 7 llos de los que pretenden preocuparse? ¿O piensan que están ayudando a los dioses? No es un sacrificio lo que se hace de mala gana; si no se hace espontánea y voluntariamente es una execración, puesto que lo hacen obligados por decretos, injurias, cárceles, y torturas. Si son dioses 8 estos que son adorados de esta forma, o bien deben dejar de ser adorados sólo porque quieren ser adorados en estas condiciones, o bien merecen ser detestados por los hombres, ya que se les hacen ofrendas en medio de lágrimas, gemidos y sangre que fluye de todos los miembros. Nos- 9 otros, en cambio, no exigimos a nadie que adore en contra de su voluntad a nuestro Dios, el cual es Dios de todos, se quiera o no se quiera; y no nos irritamos si no se le adora; y es que confiamos en su majestad, que puede ven-

gar tanto los desdenes que se le hacen como las penas  
10 e injurias infringidas a sus siervos. Y, por ello, cuando  
sufrimos infandos ataques, no protestamos ni siquiera con  
la palabra, sino que remitimos la venganza a nuestro Dios,  
cosa que no hacen quienes pretenden aparentar ser defen-  
sores de sus dioses y se ensañan como fieras contra los  
11 que no los adoran. De ahí se puede comprender cuán  
bueno es no adorar a los dioses, ya que los hombres debe-  
rían ser arrastrados hacia el bien por el bien, y no por  
el mal; y como adorar a los dioses es malo, el culto a  
12 éstos carece de bien. Por otro lado, deben ser castigados  
quienes destruyen las religiones; ¿acaso lo que nosotros des-  
truimos es peor que lo que destruyeron los egipcios, que  
adoran vergonzosas estatuas de bestias y animales, y ado-  
ran como a dioses cosas que da vergüenza incluso decir-  
las? ¿Hacemos algo más feo que ellos que, si bien dicen  
que adoran a sus dioses, se ríen sin embargo pública y  
vergonzosamente de ellos, y consienten incluso, con burlas  
13 y placer, que se hagan mimos acerca de ellos? ¿De qué  
calidad debe ser considerada esta religión y en qué medida  
debe ser estimada esta majestad que es adorada en los tem-  
plos y ridiculizada en los teatros? Y quienes hacen esto  
no pagan ningún castigo por violar a la divinidad, sino  
14 que andan en medio de honor y gloria. ¿Acaso lo que nos-  
otros destruimos es peor que lo que destruyeron ciertos  
filósofos que niegan totalmente la existencia de los dioses  
y afirman que todo nace espontáneamente y que todo lo  
que ocurre, ocurre por casualidad?; o ¿peor que lo que  
destruyen los epicúreos, que aceptan la existencia de los  
dioses, pero dicen que no se preocupan de nada, que no  
15 se irritan, ni se conmueven con los favores? Con estas  
ideas nos están convenciendo de que los dioses no deben  
en absoluto ser adorados, ya que ni miran por los que los

adoran, ni se enfadan con los que no los adoran. Por otro  
lado, cuando disertan contra el miedo, no intentan conse-  
guir otra cosa sino que nadie tema a los dioses. Y a pesar  
de todo, los hombres escuchan de buen grado estas cosas  
y las comunican impunemente.

Así pues, no se ensañan contra nosotros 21  
porque no adoremos a los dioses —son,  
*Dios no protege el cuerpo de sus fieles, pero sí su alma* en efecto, muchos los que no los ado-  
ran—, sino porque la verdad está con  
nosotros, la cual, como se ha dicho con  
mucho razón, «engendra odio»<sup>96</sup>. ¿Qué vamos a pensar, 2  
pues, sino que no se dan cuenta de su estado de ánimo?  
Actúan, en efecto, con ciega e irracional locura, y desco-  
nocen al que nosotros vemos. Y es que no nos persiguen 3  
los hombres, los cuales no tienen ninguna causa para irri-  
tarse con los que somos inocentes, sino que nos persiguen  
esos espíritus manchados y perversos que conocen la ver-  
dad y la odian<sup>97</sup>, metiéndose en las mentes de los hombres  
y arrastrando hacia la locura a los ignorantes. Esos espí- 4  
ritus, cuando hay paz en el pueblo de Dios, huyen de los  
justos y tienen miedo de ellos; y cuando se apoderan de  
los cuerpos de los hombres y atormentan sus almas, son  
conjurados por ellos y puestos en fuga en el nombre de  
Dios. Cuando oyen su nombre, tiemblan, dan gritos, evi- 5  
dencian que se abrasan y atormentan, y, si se les pregunta  
quiénes son, cuándo han entrado y cómo se han introduci-  
do en el hombre, lo confiesan. Atornillados y obligados  
de esta forma, son expulsados por la fuerza del nombre  
de Dios. Por estos tormentos y amenazas odian constante- 6  
mente a los hombres santos y justos. Y, como no pueden

hacer nada por sí mismos, suscitan el odio del pueblo contra los que les son molestos, y se ensañan con toda la violencia que pueden, ya para disminuir su fe por medio del dolor, ya, en el caso de que no puedan conseguir eso, para erradicarlos totalmente de la tierra, con el fin de que no haya nadie que pueda reprimir su maldad.

7 No se me escapan las objeciones que se puedan poner a estas afirmaciones mías: «¿Por qué ese Dios único, ese Dios grande, a quien reconoces como rey de todo y señor de todo, consiente esto y no venga y protege a sus fieles? ¿Por qué los que no le adoran son ricos, poderosos y felices, son dueños de los honores y del poder, y tienen sometidos bajo su gobierno y poder a sus fieles?». Hay que dar las razones de ello, para que no quede el menor resquicio al error. La primera causa que explica por qué se piensa que la religión de Dios no tiene fuerza es que los hombres son atraídos por la apariencia de los bienes terrenales y presentes, los cuales no tienen nada que ver con el cuidado del alma; y como ven que los justos carecen de estos bienes y los injustos abundan en ellos, consideran vano el culto a Dios, en el que ven que no existen esas cosas, y consideran como verdaderos los ritos de los dioses porque sus fieles disfrutaban de riquezas, honores y reinos. 9 Pero quienes piensan así, no ven en profundidad la esencia y naturaleza del hombre, las cuales no se asientan en absoluto en el cuerpo, sino en el alma. Y es que no ven nada más que lo que se ve con los ojos, es decir, el cuerpo, el cual, puesto que sólo es accesible a los ojos y a las manos, es débil, frágil y mortal; de él son todos los bienes que son deseados y que causan estupor: las riquezas, honores y cargos, que son los que producen placer al cuerpo y que, por ello, son tan caducos como el propio cuerpo. 11 El alma, sin embargo, que es en definitiva la única esencia

del hombre, puesto que no puede ser vista por los ojos, ni pueden ser vistos sus bienes, que se basan solamente en la virtud, debe ser estable, constante y eterna como la propia virtud, que es la base del bien del alma.

Es muy largo exponer todas las formas 22  
bajo las que se presenta la virtud, si se quiere demostrar, citando una por una, la necesidad de que el hombre sabio y justo se aparte de aquellos bienes terrenales cuyo disfrute por parte de los injustos determina que se crea que el culto a los dioses es auténtico y eficaz. En lo que se 2  
refiere a la cuestión que tenemos planteada, basta con que probemos, con una sola virtud, nuestra tesis. Pues bien, una virtud grande e importante es la paciencia, virtud muy celebrada al unísono con grandes alabanzas por las voces públicas del pueblo, de los filósofos y de los oradores. Y si no se puede negar que sea una virtud importantísima, 3 el bueno y sabio tiene que estar sometido al malo para poseerla; la paciencia consiste, en efecto, en soportar imperturbablemente las desgracias que se nos proporcionan o nos ocurren; luego el justo y sabio, puesto que posee 4 la virtud, tiene que estar dotado de paciencia, de la cual carecerá en absoluto si no conoce ninguna adversidad. Por el contrario, quien se mueve en la prosperidad es 5 impaciente y carece de la virtud más grande: y le llamo impaciente, porque no aguanta nada. De la misma forma, no puede tampoco poseer la inocencia, virtud que también es propia de un hombre bueno y sabio, sino que con 6 frecuencia hará daño, deseará lo ajeno y robará injustamente lo que desea, porque carece de virtud, está sometido al vicio y al pecado, y, olvidado de su debilidad, se hincha insolentemente con ánimo soberbio. De ahí que los injus-

*La virtud se manifiesta de muchas formas. Una de ellas es la paciencia. Paciencia de los cristianos en las persecuciones*

tos y desconocedores de Dios abundan en riquezas, poder y honores, ya que todo ello es premio de la injusticia, por cuanto se trata de bienes que no pueden ser perpetuos y que se consiguen mediante la ambición y la violencia.

7 El bueno y sabio, en cambio, puesto que, como dice Lelio, «considera todo eso como bienes humanos y los suyos como divinos»<sup>98</sup>, no desea nada ajeno, para no dañar a nadie en contra de los derechos del hombre, ni ansía poderes ni gloria, para no injuriar a nadie —sabe, en efecto, que todos, engendrados por el mismo Dios y con la misma condición, estamos unidos por lazos de fraternidad—,

8 sino que está contento con lo poco que es suyo, ya que es consciente de su fragilidad, no busca más de lo necesario para el sustento de su vida, y, puesto que es compasivo, reparte de aquello mismo que posee al que no tiene; y no olvidemos que la compasión es una virtud muy im-

9 portante. Hay que añadir que desprecia los placeres caducos y pecaminosos, en función de los cuales se desean las riquezas: y lo hace porque es continente y domina sus apetencias. Además, sin hinchazón ni insolencia, no se eleva hacia lo alto, ni levanta una cabeza soberbia, sino que es plácido, concorde, sencillo y llano, ya que conoce su con-

10 dición. Así pues, puesto que contra nadie comete injurias, ni desea lo ajeno, ni defiende siquiera lo suyo cuando se lo arrebatan violentamente —sabe, en efecto, soportar pacientemente las injurias que le hacen, ya que es virtuoso—, necesariamente el hombre bueno tiene que estar bajo el malo y el sabio tiene que ser ultrajado por el necio, para que el necio peque, al ser malo, y el sabio posea la virtud,

11 al ser bueno. Y si alguien quiere saber a fondo por qué Dios permite que los malos e injustos sean poderosos, feli-

ces y ricos, y consiente por el contrario que los piadosos sean humildes, míseros e indigentes, que coja el libro de Séneca titulado *Por qué les ocurren muchas desgracias a los buenos, si hay Providencia*<sup>99</sup>, donde este autor dice muchas cosas, no con la inspiración propia de un pagano, sino sabiamente y casi inspirado por Dios; dice así: «Dios<sup>12</sup> tiene a los hombres por hijos, pero permite que los malvados y viciosos vivan lujosa y plácidamente, ya que no les considera dignos de un castigo suyo. A los buenos, sin embargo, a los que él ama, los castiga con frecuencia, los somete a constantes sufrimientos para ejercitar su virtud, y no permite que sean corrompidos y depravados por los bienes caducos y mortales»<sup>100</sup>. A nadie debe, pues, pare-

13 cerle extraño que seamos castigados por Dios a causa de nuestros frecuentes delitos. Es más, cuanto más vejados y apretados seamos, tantas más gracias demos al indulgentísimo padre, que no permite que nuestra corrupción vaya adelante, sino que la corrige con castigos y azotes. Comprendamos de ahí que somos objeto de la preocupación de Dios, ya que se enfada con nosotros cuando pecamos. Efectivamente, cuando podía haber concedido a su pueblo<sup>14</sup> riquezas y reinos, como antes lo hizo con los judíos, de los cuales somos sucesores y descendientes, en lugar de ello, quiso que su pueblo viviera bajo el mando y gobierno ajeno, para que no cayera en la lujuria, corrompido por la prosperidad, ni despreciara los preceptos divinos, como hicieron nuestros antepasados, los cuales, debilitados con frecuencia por estos bienes terrenales y frágiles, se apartaron

de la disciplina de Dios y rompieron los lazos de la ley.  
15 Su providencia llegó, pues, al límite desde el cual pudiera dar paz a sus fieles, si observaban sus mandatos, pero también enmendarlos si no obedecían sus preceptos; así pues,  
16 para que sus fieles no se corrompieran con el ocio, como se habían corrompido sus antepasados con el libertinaje, quiso que fueran perseguidos por aquellos bajo cuyo poder los puso, con el fin de dar fuerzas a los que desfallecen, restablecer la fuerza de los corrompidos, y probar y tentar a los  
17 fieles. Y ¿cómo puede un general probar la valentía de sus soldados si no tiene enemigo? Y contra el hombre, aunque él no lo quiera, se levantan sus adversarios, puesto que es mortal y puede ser vencido; Dios, sin embargo, puesto que contra él no se puede luchar, excita a sus enemigos contra su nombre, no para que luchen contra él mismo, sino contra sus soldados: así prueba y robustece la devoción y fe de los suyos, hasta fortalecer con los azotes de las persecuciones la disciplina que se va perdiendo.

18 Hay otra causa por la cual consiente las persecuciones contra nosotros: que crezca el pueblo de Dios. Y no es  
19 difícil demostrar por qué y cómo sucede esto. En primer lugar, muchos, detestando la crueldad, desertan del culto a los dioses: ¿quién no se horroriza, en efecto, ante sus sacrificios? En segundo lugar, a muchos les gusta la virtud y la fe por sí mismas. Algunos piensan que no están faltos de razón los muchos hombres que consideran malo el culto a los dioses hasta el punto de preferir morir antes que  
20 hacer, para vivir, lo que hacen otros. Otros desean conocer en qué consiste ese bien que es defendido hasta la muerte, que es preferido a todas las cosas que son agradables y apreciadas en esta vida, y del cual no les aparta a los cristianos ni la pérdida de los bienes o la vida, ni el dolor del cuerpo, ni las torturas que penetran hasta las entrañas.

Todo lo dicho son factores válidos; pero las causas que 21 más influyen en el crecimiento de nuestro número son éstas: la gente que acude a las torturas oye decir a los cristianos que ellos no hacen sacrificios a unas estatuas hechas por la mano del hombre, sino al Dios vivo que está en el cielo. Muchos se dan cuenta de que esto es cierto y 22 se convencen profundamente de ello. Por otro lado —cosa que suele suceder en situaciones de incertidumbre—, cuando se preguntan unos a otros por la causa de esta perseverancia, vienen a colación muchas ideas de nuestra religión, ya divulgadas y pasadas de boca en boca por medio de rumores: y, como estas ideas son buenas, necesariamente las aceptan de buen grado. Además, la venganza, una vez 23 que ha conseguido su objetivo, les empuja con fuerza a creer, cosa que sucede siempre. Tampoco es causa insignificante el hecho de que los inmundos espíritus de los demonios se introducen, porque Dios se lo permite, en los cuerpos de muchas personas, y, una vez que son expulsados, todos los que quedan sanos aceptan la religión cuyo poder han probado.

Todas estas causas juntas conquistan maravillosamente 24 un gran ejército de almas para Dios.

Así pues, todo lo que los malvados 25 emperadores traman contra nosotros lo consiente Dios. A pesar de ello, que esos inicuos perseguidores, para los cuales el nombre de Dios ha sido objeto de injuria y burla, no piensen que se van a quedar sin castigo por el hecho de que hayan sido, por así decir, los ministros de la ira de Dios contra nosotros. Serán castigados por 2 el juicio de Dios quienes, tras recibir el poder, han abusado de él más allá de los límites concedidos al hombre, han insultado incluso a Dios con soberbia, y han pisoteado im-

*Los perseguidores  
tendrán  
su castigo*

3 pía y sacrílegamente su nombre eterno. Dios ha prometido,  
incluso, que se vengará de ellos y «echará de la tierra a  
las bestias perversas» <sup>101</sup>. Pero el mismo Dios, aunque sue-  
le vengar en este mundo y ahora las vejaciones que se co-  
meten contra su pueblo, nos señala que esperemos pacien-  
temente el día del juicio celestial, en el que él premiará  
o castigará a cada uno en función de sus merecimientos.

4 Por ello, que no esperen los sacrílegos que van a quedar  
olvidados y sin venganza aquellos a los que ellos han tor-  
turado. Vendrá para esos rabiosos y voraces lobos su me-  
recido, ya que sometieron a tormento a almas justas y sen-  
cillas sin que se les reconociera ningún crimen. Nosotros,  
5 por nuestra parte, esforcémonos para que los hombres no  
puedan castigarnos nada más que por ser justos; busque-  
mos con todas las fuerzas merecer de Dios tanto la ven-  
ganza como el premio por nuestros sufrimientos.